

Selección

TERROR

HOMBRES ROTOS

CLARK CARRADOS

Tunstall quería evitar otro golpe y pegó un fuerte tirón, al mismo tiempo que Al daba un paso hacia atrás.

Se oyó un horrible crujido. Tunstall se tambaleó, retrocediendo dos o tres pasos, con algo en las manos.

Della emitió un horripilante alarido. Tunstall contempló, espeluznado, el brazo que tenía en las manos, arrancado a ras del hombro.

Pero lo más espantoso de todo era que no brotaba una sola gota de sangre de aquel miembro tan inesperadamente separado del cuerpo. Como si fuese un reptil venenoso, Tunstall sacudió las manos y arrojó el brazo a un lado.



Clark Carrados

Hombres rotos

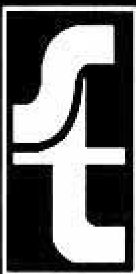
Bolsilibros: Selección Terror - 41

ePub r1.0
Titivillus 11.02.15

Título original: *Hombres rotos*
Clark Carrados, 1973
Diseño de cubierta: Jorge Núñez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre era alto, delgado, casi esquelético. En sus ojos hundidos había un par de pupilas oscuras, que, sin embargo, parecían animadas por un extraño fuego interior. Cuando le abordó en el Dickie's, las perspectivas de Rudy Tunstall eran más bien negras.

Todo el capital de Tunstall en aquellos momentos consistía en dos dólares y veinte centavos. Debía un mes de alquiler de su departamento, le habían cortado el teléfono por falta de pago y, si no ocurría un milagro, una semana más tarde le cortarían la luz y el agua.

—Usted es Tunstall, Rudolph —dijo el hombre alto y delgado.

—Así me llamo —admitió el interpelado, volviéndose hacia su izquierda—. Pero no tengo el honor de conocerle, señor…

—Maffovich, Ivan Maffovich. ¿Me permite invitarle a una copa, señor Tunstall?

—De mil amores —rió el joven—. Pero le advierto que si viene a proponerme un negocio…

Maffovich no le hacía caso.

—¡Tabernero! Sírvanos dos de lo mejor que tenga —pidió, con voz de hombre acostumbrado a mandar.

—Al momento, señor —contestó el dueño de Dickie's.

Llegaron las copas. Tunstall alzó la suya.

—Por el anfitrión —brindó.

—Gracias —dijo Maffovich. Pero no tocó su copa, ignorándola, como si no la tuviera en el mostrador ante sí—. Poseo informes de que, en los momentos actuales, su situación no es precisamente muy boyante, señor Tunstall.

—A decir verdad, es catastrófica. Pero tengo veintinueve años y una salud de hierro. Saldré adelante, aunque tenga que emplearme como barrendero municipal.

—No llegará a tanto. Yo le propongo un buen empleo: noventa semanales y todos los gastos de alojamiento y comida pagados.

Tunstall frunció el coño.

—El alojamiento y la comida suponen hoy día un buen pico —dijo—. Pero trescientos sesenta mensuales, no son como para echar las campanas al vuelo.

Maffovich sonrió.

—¿Prefiere que al mes que viene le eche el casero por falta de pago? —preguntó.

Tunstall se encogió de hombros.

—Si lo miramos así… Pero antes me gustaría saber de qué se trata, señor Maffovich —alegó.

—Nada más justo. Inofensivos experimentos psíquicos, no hipnóticos, bajo la dirección del profesor doctor Joshua Wack, del cual tengo el honor de ser su secretario. Tales experimentos durarán entre seis meses y un año y, repito, serán totalmente inofensivos. Vivirá en una casa grande, bien alojado, con un extenso parque para poder pasear y distraerse y, salvo los momentos en que sea requerido por el profesor, el resto de su tiempo le quedará totalmente libre.

Maffovich hizo una corta pausa.

—Debo añadir —prosiguió— que la índole del experimento exige que en cualquier momento del día o de la noche esté a disposición del profesor para contestar a sus preguntas. Por tanto y

durante todo el tiempo que permanezca en la residencia, no podrá abandonarla bajo ningún concepto. Si está un año, al terminar podrá disponer de más de cuatro mil dólares, una bonita suma para emprender una nueva vida.

—Me lo pinta usted de tal modo que no tengo otro remedio que aceptar —dijo Tunstall—. ¿Asegura que no habrá riesgos físicos ni mentales, señor Maffovich?

—Solemnemente —contestó el individuo.

—Bien, en tal caso, ¿dónde está el profesor?

—Tenga la bondad de estar listo mañana a las nueve —dijo Maffovich—. A esa hora pasarán a recogerle en su propio domicilio. Ah, necesitará algo de dinero.

—Hombre… —dijo Tunstall, con una sonrisilla de circunstancias.

Maffovich le entregó unos cuantos billetes.

—El sueldo de dos semanas —dijo—. Esto le permitirá liquidar algunos atrasos y comprarse algunas cosillas, si lo estima necesario. Lamentablemente, los fondos de que dispone el profesor no son muy elevados, por tanto, no puedo ofrecerle un sueldo mayor, como sería su gusto. Pero si sus experimentos tienen éxito, como así lo espero, conseguirá fondos y subvenciones de empresas e instituciones culturales y entonces añadirá una sustanciosa recompensa a sus colaboradores. Esto es aleatorio, claro, aunque con un elevado porcentaje de posibilidades a favor de que llegue a realizarse.

—Está bien, ya he aceptado, señor Maffovich.

De repente, un hombre entró en la taberna.

Era un sujeto colosal, de unas dimensiones como jamás Tunstall había visto antes. Al menos rebasaba en diez centímetros los dos metros y su peso de ningún modo bajaba de los cientos veinte kilos. El rostro, granítico, grisáceo, parecía moldeado en piedra y adherido al cráneo. En aquellas facciones no había la menor expresión amistosa o enemistosa.

—Señor —dijo el individuo con voz opaca.

—Dime, Al —contestó Maffovich.

—El envío que esperábamos ha llegado ya. Lo tengo en la furgoneta.

Una chispa de alegría brilló en los ojos de Maffovich.

—¡Magnifico, Al! —exclamó. Se volvió hacia el joven y dijo—: Señor Tunstall, éste es Al Bearth, el chófer y criado del profesor y quien se encargará de recogerle a usted mañana en su domicilio.

—Encantado, Al —dijo Tunstall sonriendo.

—Señor —contestó Bearth, sin mover apenas un músculo de su cara de piedra.

—Nos vamos —se despidió Maffovich—. Mañana tendré el gusto de verle de nuevo en casa del profesor, señor Tunstall.

El joven quedó solo en el mostrador, con la mano en el bolsillo, acariciando los billetes que acababa de recibir. En el lado opuesto estaba el dueño de la taberna, leyendo una revista. Tunstall sabía que el tabernero era un sujeto de la máxima discreción; jamás hacía preguntas ni las contestaba. Imperturbable en sumo grado, sólo se alteraba cuando alguien pretendía marcharse sin abonar el gasto. Al desaprensivo no le quedaban ganas de repetir la operación.

Había tomado antes una copa y la pagó. Luego salió a la calle.

Con aire crítico, contempló la perspectiva urbana de Slayer County, preguntándose cómo había podido cometer la estupidez de ir a establecerse allí. Salvo por los automóviles y algunos de los carteles anunciadores, Slayer County presentaba casi el mismo aspecto que trescientos años antes, cuando los habitantes de las comarcas vecinas se dedicaban al fascinante deporte de quemar como brujos a todos cuantos no comulgaban con sus ideas.

Incluso la gente parecía vivir en aquella época, salvo por los ropajes. Tunstall no veía más que caras graves y circunspectas y muy escasas sonrisas. Hasta los automóviles parecían tener un supersilenciador, porque circulaban sin apenas ruido.

Regresó a su casa. Le había salido un empleo y duraría, al menos, seis meses, con posibilidades de llegar al año. No era mucho lo que iba a ganar, pero, comparado con lo que estaba ganando en aquellos momentos, que era cero, podía decir que iba a recibir un sueldo de potentado.

* * *

Al se hizo cargo de su equipaje a la mañana siguiente, al salir de la casa. Estacionada frente al edificio, vio una enorme furgoneta rural. Al dejó su maleta y el maletín con los útiles de aseo en el compartimiento posterior. Tunstall observó que las ventanillas de la furgoneta estaban protegidas por cortinillas.

Entró en el compartimiento siguiente al del conductor. Entonces vio que había una joven allí.

—Hola, buenos días —saludó.

—Hola —dijo ella con graciosa sonrisa.

—Me llamo Rudy Tunstall.

—Della Daley —se presentó la muchacha.

Al había arrancado ya, sin decir una palabra, y se dirigía hacia la salida de la población. Para entrar en materia, Tunstall sacó cigarrillos.

—¿Va también a casa del profesor? —preguntó.

—Sí. Me contrataron ayer. Supongo que a usted le habrá ocurrido lo mismo.

—Exactamente. —Tunstall corrió la cortinilla de su lado; quería ver el paisaje con más comodidad—. ¿Había oído hablar alguna vez del profesor Wack, señorita Daley?

—No, nunca. Pero el empleo que me han ofrecido ha llegado en una época muy oportuna para mí. Estaba sin trabajo y sin oportunidades de encontrarlo.

Tunstall exhaló una bocanada de humo.

—Ciertamente, Slayer County no es una población de grandes perspectivas. Parece anclada en el pasado; si le quitaran los coches y los anuncios, nos parecería que en cualquier momento volvíamos a los viejos tiempos, cuando en Salem, que no está tan lejos, quemaban a la gente por menos de diez peniques.

—Es una población deprimente —convino ella—. Siempre me arrepentiré de haber venido a vivir aquí. Por fortuna, he encontrado el empleo y, como dure un año, podré marcharme y establecerme en cualquier otra parte, pero hacia el sur, donde haya luz y sol… y alegría de vivir. Usted ya me comprende, ¿no es así?

Tunstall asintió.

—La comprendo, en efecto, señorita Daley…

—Llámeme Della, por favor —rogó la muchacha—. Vamos a vivir bajo el mismo techo durante meses; es mejor que nos acostumbremos ya a suprimir los tratamientos.

—No hay inconveniente —accedió él con una sonrisa—. ¿Tiene alguna idea de los experimentos del profesor Wack?

—No; el señor Maffovich me habló solamente de pruebas psíquicas, sin necesidad de hipnotismo ni drogas que estimulen el subconsciente. Por eso acepté; de otro modo, hubiera rechazado sus proposiciones.

—Esperemos que no sean dañinos para la mente —dijo Tunstall—. Pero, usted tiene razón, en cuanto haya terminado este trabajo, sacudiré el polvo de mis zapatos de aquí y me iré a vivir más al sur, en busca de la luz y del sol… y del buen humor en la gente.

El ambiente no era muy agradable, a pesar de cierta belleza en el paisaje. La carretera serpenteaba entre pinos y abetos de color verde muy oscuro que, a distancia, parecían casi negros. Al fondo, en un barranco muy angosto, corría un riachuelo de aguas saltarinas. Vedijas de niebla se deslizaban lentamente entre los árboles. El cielo estaba cubierto por una espesa capa de nubes grises.

—Deprimente, aun con sol —dijo Tunstall.

Della asintió. Delante de ellos, Al conducía la furgoneta con mano segura, hierático, silencioso como una esfinge.

De repente, se oyó un fuerte estampido.

El vehículo osciló, coleó con fuerza y se tambaleó alarmantemente. Pero Al demostró ser buen conductor y logró dominarlo.

Tunstall y Della saltaron precipitadamente a tierra. El joven vio enseguida una rueda posterior deshinchada.

Al se les acercó.

—Tardaré algún rato en cambiar la rueda —dijo—. He de descargar el vehículo por completo y eso me llevará tiempo, ya que llevo varios bultos, además del equipaje de ustedes.

—Le ayudaré…

—No es necesario —rechazó Al el ofrecimiento del joven—. Pero mientras tanto, si quieren tomar algo, hay una posada a diez minutos de distancia. Les recogeré allí cuando haya reparado la avería.

Tunstall se volvió hacia la joven. Della hizo un signo de asentimiento.

—Sí, es una buena idea —aprobó.

Al ya no les hacía caso. Tunstall sonrió y dijo:

—A fin de cuentas, nos vendrá bien estirar las piernas.

CAPÍTULO II

La posada surgió de repente al salir de una curva del camino. Era un edificio antiguo, con vigas a la vista, tejado de oscura pizarra y una alta chimenea. El rótulo era tan antiguo como el edificio y estaba colgado de un artístico brazo de hierro. Había detrás un corral con gallinas y un gran almiar de paja.

Una ligera columnita de humo salía por la chimenea. Tunstall y la muchacha se acercaron a la puerta, de la que estaba abierta la mitad superior. A través del hueco, divisaron el mostrador y el mobiliario de madera oscura y brillante.

Tunstall abrió y dejó que la muchacha pasara en primer lugar. Llegaron al mostrador y entonces apareció una rolliza mujer, surgiendo de una puerta situada al otro lado de la barra.

—Buenos días, señora —saludó Tunstall—. Nuestro coche ha tenido una avería y el chófer se encarga de repararla en estos momentos. Mientras tanto, ¿podría preparamos unas tazas de café?

—Con mucho gusto —respondió la posadera—. Siéntense, por favor.

Los dos jóvenes acataron la indicación. Della paseó la vista por la decoración.

—Me gusta —dijo—. Esta casa tiene de bueno su autenticidad; todo ha sido construido en la época; no es como esos otros paradores a los que se les quiere dar apariencia de antigüedad a base de falsa artesanía.

—En tiempos, debió de ser una granja. Quizá hoy es más rentable dedicar el local a posada.

—No será por los clientes…

—La caza abunda por aquí. Cuando se levanta la veda, debe de haber abundante clientela. Y, a propósito, ¿estará todavía muy lejos la casa del profesor Wack?

—Se lo preguntaremos a la posadera —sonrió Della—. Yo no tengo la menor idea.

La posadera vino minutos más tarde con una bandeja en las manos. Tunstall le preguntó por la distancia que había a la casa del profesor.

—¿Ha dicho Wack, señor? —preguntó la mujer.

—Sí, eso mismo, señora…

—Rodland —se presentó la posadera—, Martha Rodland, para servirles. En cuanto a la casa del profesor… ¿Van ustedes allí?

—Sí, ya se lo hemos dicho, señora Rodland —contestó el joven.

Martha se estremeció.

—Yo no iría a esa casa, ni de día ni de noche, por todo el oro del mundo —murmuró, con vivo acento de aprensión.

Della se inclinó hacia delante.

—¿Por qué, señora? —Quiso saber.

—Está cerca de los pantanos de Wooden Plain y el diablo mora en ese lugar.

—¿Lo ha visto usted, señora Rodland? —preguntó Tunstall irónicamente.

—Al diablo no se le ve, se le siente —contestó Martha con aire de dignidad ofendida—. Pero si alguna vez un diablo se ha hecho visible, ha tomado la figura del profesor Wack.

—¡Caramba, sí que lo aprecia usted! —Se asombró Della.

Martha hizo la señal de la cruz.

—Black Ridge es un lugar maldito, la puerta del mismísimo infierno —contestó—. Un dólar, por favor —pidió a continuación.

Tunstall puso una moneda sobre la mesa. Martha la cogió y se marchó, dejando solos a la pareja.

—Esa mujer me ha impresionado —confesó Della.

—Bah, no haga caso. La incultura engendra siempre la superstición, y Martha no es otra cosa que una mujer supersticiosa. Sencillamente, como no entiende los experimentos del profesor, cree que son cosas demoniacas. Y, por tanto, ejecutadas por un demonio. Pero apañada estaría nuestra civilización si cada vez que un científico realiza un trabajo o un experimento atrevido, se calificase su obra de cosa diabólica; todavía estaríamos vistiendo pieles y cazando el oso de las cavernas y el tigre de dientes de sable.

Della asintió, pero no podía evitar sentirse muy preocupada. De repente, advirtió una cosa.

—Con todo esto, la señora Rodland no nos ha dicho qué distancia hay hasta la casa del profesor —exclamó.

En aquel momento, se oyeron los frenos de la furgoneta. Tunstall, sonriendo se puso en pie.

—No nos ha dicho la distancia que hay hasta la casa del profesor, en efecto; pero no se ha olvidado de cobramos un dólar por unos centímetros cúbicos de agua de castañas —dijo jovialmente.

Salieron fuera. Al, el impasible gigante, permanecía en pie junto al vehículo, manteniendo la puerta abierta.

* * *

El cerro era de forma alargada y estaba cubierto de frondosos abetos que, desde cierta distancia, le daban un color oscuro. La casa estaba en la cumbre, casi oculta por los árboles. La altura del cerro era de unos ciento cincuenta metros sobre el nivel de los llanos contiguos.

El camino serpenteaba por la ladera, hasta concluir en la pequeña explanada frente al edificio. Tunstall observó que se trataba de una casa de grandes dimensiones, con un sótano por lo menos, cuyas ventanas de aireación podían verse a ras del suelo. El piso de la primera planta quedaba a más de un metro del suelo. Había además otra planta, aparte de las buhardillas, debajo de un empinado tejado, que si en un principio había sido de color rojo, ahora con el paso de los tiempos, parecía ya casi negro.

Una especie de historiada marquesina, de tejas y madera recortada, defendía la puerta principal, a la que se accedía por una doble escalera de seis peldaños. Las ventanas de la casa aparecían cerradas y con las cortinillas echadas.

La puerta de la casa se abrió al llegar la furgoneta. Una mujer de unos treinta y tantos años, delgada, vestida de oscuro y con el pelo estirado, apareció en el umbral.

—Soy la señora Dugan, ama de llaves del profesor —dijo—. Les acompañaré a sus habitaciones. Al se ocupará de sus equipajes.

Tunstall asintió. El ama de llaves dio media vuelta y se metió en la casa. Los dos jóvenes la siguieron en el acto.

El vestíbulo era grande, espacioso, con varias puertas que daban a distintas habitaciones. La señora Dugan se encaminó hacia la escalera que conducía al piso superior, amplia y con una recia barandilla de pilastras torneadas. Había algunos cuadros de escaso mérito, como no fuese su propia antigüedad, pensó Tunstall, lo que se deducía por la pátina oscura que había cubierto las telas.

El ama de llaves abrió una puerta.

—Su habitación, señorita —indicó—. Si desea algo, no tiene más que tirar del cordón que hay junto a la entrada.

—Gracias, señora Dugan. Hasta luego, Rudy.

Tunstall contestó con una sonrisa. Minutos más tarde, estaba en su habitación.

Disponía de cuarto de baño, lo cual no era poca ventaja. Los muebles, sin embargo, eran anticuados, pero sólidos y confortables. Había también una chimenea, apagada en aquellos momentos. Por la noche, el calor de sus troncos encendidos debía de resultar inapreciable. En aquellos parajes, hacía frío en cuanto desaparecía el sol.

Al trajo su equipaje minutos después. Tunstall se quedó solo. Un poco desconcertado, se confesó a sí mismo, aunque recordó las palabras de Maffovich: completa libertad, mientras el profesor no les necesitase para sus experimentos.

Arregló sus ropas y luego se sintió un poco extraño. ¿Qué hacer? ¿Salir a dar un paseo? ¿Buscar algún libro en alguna parte para distraerse durante la noche?

La puerta del dormitorio se abrió repentinamente. Una mujer bastante atractiva, rubia, de unos treinta años, irrumpió en la estancia como un torbellino.

—¿Nuevo? —preguntó.

—En efecto, señora: recién llegado —corroboró el joven con una sonrisa—. Me llamo Rudy Tunstall.

—Jenny Mohner —se presentó ella. Movió la cabeza con pesimismo y dijo—: Loco.

—¿Cómo? —respingó Tunstall.

—Se necesita estar loco para venir aquí. —De repente, Jenny lanzó una estridente carcajada—. Le dejarán la cabeza vacía, como a mí. Me han *chupado* lo que tenía dentro de los sesos y…

Alguien lanzó un grito en la planta baja.

—¡Señora Mohner!

Jenny echó a correr hacia la puerta, visiblemente demudada.

—Se lo advierto: no deje que le vacíen los sesos —exclamó. Y desapareció de la vista del joven.

Preocupado, Tunstall cerró la puerta.

¿Qué había querido decir Jenny?

«No sé si me vaciarán los sesos —se dijo—, pero lo que es ella, no ha tenido sesos jamás».

Encendió un cigarrillo. Faltaba la mesita con servicio de licores. De buena gana se hubiera tomado una copa.

Quizá, en algún salón, en la planta baja…

—¡No abra todavía ese sarcófago! —exclamó alguien de pronto.

* * *

Tunstall se quedó parado. La voz parecía haber sonado en el dormitorio y, aunque enérgica, no parecía alcanzar un volumen demasiado fuerte. Sin embargo, las palabras pronunciadas habían resultado perfectamente inteligibles.

—Pero, profesor…

—Todavía no es hora. Aún no he iniciado siquiera la etapa básica de mi experimento. Tenga paciencia, hombre.

—Estoy ansioso por ver al individuo que hay en el sarcófago, profesor.

Se oyó una estridente risotada.

—Él no tiene prisa alguna. Unos días más, aunque sea algunas semanas, después de cinco o seis mil años, ¿qué importancia pueden tener?

—Está bien, profesor, como usted diga.

Tunstall respiró aliviado.

—Una momia —adivinó.

Por tanto, sus primeras aprensiones carecían de fundamento, aunque no se le alcanzaba en absoluto qué papel podía desempeñar una momia en los experimentos psicológicos del profesor Wack.

Pero, de repente, se preguntó por dónde le había llegado la conversación que, indudablemente, se había desarrollado en otra estancia.

Miró a su alrededor. Había un par de cuadros de mediocre factura, más para llenar un poco las paredes que para recrear la vista con los paisajes en ellos pintados. Los levantó sucesivamente y aun tocó la pared con los nudillos, pero no había ningún hueco al otro lado del papel pintado que cubría el enlucido.

La cama, aunque no tenía dosel, estaba adornada con cuatro altas columnas de brillante madera de caoba, con torneado salomónico. Las columnas aparecían asimismo en magnífico estado, sin rastros de carcoma.

El suelo era entarimado. Tanteó en varios sitios con el tacón, sin encontrar en ningún momento sonido a hueco. Al fin, encogiéndose de hombros, se dijo que el incidente carecía de importancia.

Más tarde, bajó a la planta. El ama de llaves le indicó la biblioteca, en donde eligió un par de libros para entretenerse en la cama, antes de dormir. No había visto televisor ni aparato de radio, como tampoco ninguna revista o periódico.

Cenó a las siete y media, con Della. La joven parecía tranquila. Tunstall no quiso mencionarle ninguno de los incidentes: la irrupción de Jenny en su dormitorio y la misteriosa conversación que había escuchado sin desearlo. La cena, abundante y bien condimentada, mereció los elogios de la pareja. Ninguno de los dos, hasta el momento, había visto al profesor Wack.

En cuanto a Maffovich, tampoco había dado señales de vida. Pero Tunstall se dijo que en Black Ridge tendrían que acostumbrarse a algunos hechos un tanto fuera de lo normal.

«Con tal de que no resulten perjudiciales», deseó íntimamente.

Al terminar, charlaron un rato ante la chimenea del salón, en la que ardían alegremente

algunos troncos. A las diez de la noche, se separaron.

Tunstall subió a su habitación y se desvistió. Iba a meterse en la cama cuando, de pronto, sonaron unos nudillos en la puerta.

Rápidamente, se puso un batín y abrió. La señora Dugan, impasible, apareció ante sus ojos.

—El profesor le recibirá a usted en su laboratorio psicológico a las nueve de la mañana, señor —anunció—. Le ruego esté en el comedor a las siete y media para desayunar.

—Seré puntual —prometió Tunstall.

—Buenas noches, señor —se despidió el ama de llaves.

—Buenas noches, señora Dugan.

La mujer se marchó. Tunstall pensó que si dulcificase su gesto parecería incluso guapa.

—Y hasta más joven —sonrió, mientras se arrellanaba en los almohadones de su cama, disponiéndose a leer uno de los libros que había tomado de la biblioteca.

CAPÍTULO III

A las nueve menos un minuto, Lya Dugan abrió una puerta situada a la izquierda del vestíbulo.

—Entre, llame a la otra puerta y espere —indicó.

Había una especie de antecámara, más bien un cubículo de dos metros de lado, con una segunda puerta frente a la de entrada, que el ama de llaves cerró inmediatamente. En el techo, una pequeña lámpara daba luz suficiente para leer el rótulo escrito sobre la segunda puerta:

PSICOLAB.
(No entrar hasta ver la luz verde).

Tunstall llamó con los nudillos. Segundos más tarde, se encendió una lamparita verde sobre el dintel.

Hizo girar el pomo y empujó la puerta. Parpadeó al ver la habitación que había al otro lado, más que por su tamaño, realmente insospechado, por los extraños aparatos que había por todas partes.

Vio computadoras, paneles de control, pantallas de osciloscopios y registradores, un enorme archivador, que seguramente funcionaba de manera automática, a juzgar por la especie de máquina de escribir que se veía en uno de sus lados y que debía de servir para redactar la consulta… También divisó una gran mesa de operaciones, aunque sin lámpara en lo alto ni aditamentos quirúrgicos.

Y vio al profesor Wack, de buena estatura, delgado, con frondosa cabellera blanca y unos gruesos lentes de montura de oro, cabalgando sobre una nariz que parecía el corvo pico de un ave de presa.

—Rudy Tunstall, profesor —se presentó el joven.

Wack sonrió bonachonamente.

—Celebro conocerle, muchacho —dijo—. ¿Quiere sentarse en ese sillón?

Tunstall obedeció. Wack empezó a trastear por las inmediaciones del laboratorio.

—En primer lugar, le advierto que no va a sufrir ningún daño mental ni mucho menos psíquico —dijo el profesor—. Los experimentos se limitarán, simplemente, a preguntas y respuestas, en enormes cantidades, lo que representará muchísimas jornadas de trabajo. Tales preguntas y respuestas serán debidamente registradas, pero, para su tranquilidad, le diré que todo cuanto se hable aquí será absolutamente confidencial. ¿Entendido?

—Sí, profesor.

—Por ahora, no puedo adelantarle el objeto de mis trabajos. En su momento, lo sabrá y se sentirá orgulloso de haber cooperado —continuó Wack—. Las sesiones, normalmente, serán diarias, pero recibirá aviso la víspera de estar preparado para trabajar. Si no se le avisa, considérese libre. Ah, y, por supuesto, una vez termine la sesión de trabajo, quedará en libertad para hacer lo que guste, incluso pasear por el recinto de Black Ridge.

—Entendido, profesor —dijo Tunstall sonriendo.

De pronto, Wack se le acercó, empujando lo que parecía un enorme secador de pelo, sostenido por un recio poste de metal, apoyado en una cruceta con ruedas. Tunstall vio una serie de cables de

distintos colores que salían del casco y que iban a parar a diferentes conexiones, en los aparatos que tenía a la derecha.

El casco quedó sobre su cabeza, cubriéndole por completo hasta la boca. No obstante, Tunstall pudo ver que Wack se sentaba en un taburete frente a él, sosteniendo con las manos una especie de agenda de tapas negras, bastante gruesa y de buen tamaño.

—Relájese, Rudy —dijo Wack con voz persuasiva—. Deje su mente libre de pensamientos, pero no crea por ello que trato de hipnotizarle, nada de eso. No habrá nunca hipnosis ni sugestión, aunque sí le ruego una absoluta sinceridad en sus respuestas.

—Sí, profesor.

—Bien, vamos allá. ¿Nombre completo?

—Rudolph Dwight Murphy Tunstall.

—¿Edad?

—Veintinueve.

—Añada meses y días, por favor.

—Tres meses y seis días —calculó el joven rápidamente.

—¿Nombre de los padres?

—Lawrence y Dorothy.

—¿Vivos?

—Sí.

—¿Profesión del padre?

—Capataz de un rancho de ganado.

—Un oficio poco frecuente hoy día —comentó Wack, sonriendo—. Dígame el suyo, Rudy.

—Abogado.

—¿Ejerce?

—¿Sin clientes?

Wack se echó a reír.

—Slayer County es una población donde ciertos oficios no prosperan —dijo—. ¿Salud?

—De hierro.

—¿Enfermedades padecidas?

—Las corrientes: sarampión, varicela, algún catarro…

—Ninguna contagiosa, ¿verdad?, ni tampoco de larga duración.

—No, profesor.

—¿Cociente de inteligencia?

—Ciento treinta y uno.

—¿Obtenido en…?

—Universidad de Stanford, California.

—¿Y vino a parar aquí, al Este?

—Quería conocer tierras nuevas, profesor.

—Hay algo de inquieto en usted, Rudy.

—Lo admito.

—¿Casado?

—No, ni comprometido, ni divorciado ni viudo.

—De no haber sido abogado, ¿qué le hubiera gustado ser, Rudy?

Tunstall dudó un instante.

—A veces pienso si no hubiera hecho bien quedándome en el rancho, con mi padre, pero ¿qué porvenir tiene un simple vaquero hoy día?

—Entonces, es ambicioso.

—Moderadamente ambicioso…

El interrogatorio se prolongó todavía durante una hora larga. Todas las preguntas eran concisas, sin palabras superfluas. Al fin, Wack dijo:

—Basta por hoy, Rudy. Una sesión muy fructuosa, se lo digo con sinceridad.

—Gracias, profesor.

Wack sonrió cuando el joven estuvo en pie.

—Creo que Maffovich hizo una buena elección al traerle aquí —dijo—. Hasta mañana, Rudy.

—Adiós, profesor.

* * *

El almuerzo resultó especialmente apetitoso, más por el hambre que tenían que por los manjares en sí, que, por otra parte, no eran de desdeñar. Como la víspera, Tunstall y Della estuvieron a solas en el comedor, servidos por el ama de llaves.

—He comido estupendamente —dijo la muchacha, al terminar—. Claro que la sesión con el profesor me ha dejado un poco cansada, enervada, más bien.

—Sí, ha sido un interrogatorio a fondo —convino él. De pronto, miró hacia la ventana. Lucía un sol radiante, en contraste con el triste ambiente del día anterior—. ¿Qué tal si nos damos un paseo para despejarnos?

—Una idea estupenda —aceptó ella.

Nadie les dijo nada al salir de la casa. Dieron la vuelta en torno al edificio y divisaron a lo lejos una serie de vapores amarillentos.

—Los pantanos de Wooden Plain —señaló Della.

—El paisaje es más bonito por el otro lado —dijo Tunstall.

Rodearon la casa de nuevo y caminaron en descenso por la ladera del cerro, respirando el aire puro y embalsamado, mientras charlaban de temas indiferentes, sin que mencionasen una sola vez los experimentos del profesor. Llegaron a la base del cerro y avanzaron un poco por un terreno algo más llano.

De pronto, divisaron una alta valla metálica, de recio entramado de alambre de cuatro o cinco milímetros de grosor, sostenida por unos sólidos postes de hierro de más de cinco metros de altura. Los postes eran rieles de tendido ferroviario y parecían profundamente hundidos en la tierra, a fin de dar solidez al conjunto.

—Ahora me explico por qué el profesor me dijo que podía recorrer el recinto —exclamó Tunstall, sorprendido al ver la valla.

—Ayer no la vimos —dijo ella—. ¿Cómo pudo ser, Rudy?

Tunstall frunció el ceño.

Della tenía razón. Habían pasado por el camino que conducía al cerro y no habían advertido el menor rastro de una valla, que parecía surgida de un modo mágico.

El joven volvió la cabeza.

—Hay casi cuatrocientos metros a la casa, lo que, aproximadamente, si la valla es circular, como así parece, suponen ochocientos metros de diámetro —dijo—. Por tanto, la circunferencia total viene a ser de unos dos kilómetros y medio.

—Sin duda, el profesor no quiere curiosos —apuntó Della.

—Es muy probable —convino él.

—Rudy, me gustaría saber por qué no vimos la valla a nuestra llegada —insistió la joven.

—Bien, el camino está a menos de cien pasos —contestó Tunstall, a la vez que echaba a andar.

Minutos después, tenían la explicación al aparente enigma.

A ambos lados del camino había unos arbustos de gran tamaño. Los árboles en aquel punto eran asimismo muy frondosos. Pero los arbustos del lado derecho tenían un objeto: ocultar la puerta corredera que cerraba el recinto y que se había abierto para darles paso, sin que ninguno de los dos hubiese podido advertir nada.

—Bueno, aquí estamos encarcelados, sin poder salir…

—Si urgiera, ya lo creo que saldríamos —sonrió Tunstall.

De pronto, se oyó un leve chillido en las inmediaciones.

Una liebre apareció a la vista de los dos jóvenes, corriendo en velocísimos zigzags. Seguramente, pensó Tunstall, el animalillo era perseguido por alguna bestia de presa.

Ciega, la liebre continuó su carrera casi en dirección al punto en que se hallaba la pareja. De repente, chocó contra la valla.

Brilló un relámpago y se oyó un fuerte chasquido. Una fuerza invisible despidió a la liebre, convenida en una masa de carbón, a varios metros de distancia.

Un agitado zorro se detuvo a cinco o seis pasos de la valla. El animal olfateó a la liebre carbonizada e, intuyendo algún serio peligro, dio media vuelta y se perdió trotando entre la espesura.

Una corriente de alta tensión circulaba por la valla. ¿Por qué tantas precauciones?, se preguntaron ambos al mismo tiempo y en silencio.

CAPÍTULO IV

Tunstall subía la escalera distraído, casi sin ver, a causa de la preocupación que le había causado averiguar que la alambrada estaba electrificada, cuando, de pronto, tropezó con algo.

Inmediatamente, oyó una risita. Alzó la cabeza y se encontró con un rostro de ébano sobre él. Debajo del rostro había un cuello de cisne y, más abajo todavía, un busto joven y provocativo, apenas velado por un ceñido peto rojo.

—Hola —dijo ella.

Tunstall parpadeó.

—¿Qué tal?

—Soy Lucy Ngoro —se presentó la joven de color.

—Disculpe mi descortesía, estaba distraído. Me llamo Rudy Tunstall.

—¿No me había visto?

—Lo siento. Repito que…

—Muy distraído tenía que ir, cuando no me vio, en efecto —dijo Lucy.

Tunstall terminó de subir la escalera y quedó al mismo nivel que la joven de color. Ella era altísima, casi tanto como él, y tenía un cuerpo suave y flexible, cubierto con un vestido reducido a la mínima expresión de ropa. Como calzado, usaba unas simples sandalias de fibra, lisas, sin tacón y con sólo una tirita en la parte delantera.

—No la había visto, y no me refiero a este momento, sino durante el almuerzo —dijo Tunstall.

—He estado cuatro días aislada —contestó Lucy.

—¿Aislada?

—Sí. Usted ha venido también aquí a someterse a los experimentos del profesor, ¿no es cierto?

—Efectivamente, señorita…

—Lucy, Lucy a secas —cortó ella—. Bien, cuando lleve un par de semanas, el profesor le pedirá que se tome tres o cuatro días de aislamiento total.

—¿Por qué? —se extrañó Tunstall.

Lucy se encogió de hombros.

—Lo ignoro —contestó—. Debe de ser, calculo, para recordar más cosas de la vida de uno y poder contestar en las siguientes sesiones. Comida no falta, aunque, desde luego, el único medio de distracción que hay durante el aislamiento consiste en una pluma y un bloc de notas.

—Comprendo. ¿Qué tal ha soportado el aislamiento, Lucy?

—Bastante bien. Todo es cuestión de tomárselo con filosofía, Rudy.

—Comprendo.

—Ahora me voy a dar un paseo…

—Lucy, cuidado con la valla. Está electrificada.

—Gracias, ya lo sabía —contestó la joven.

—A nosotros no nos dijo nadie nada —se quejó Tunstall.

—No avisan —fue la sorprendente respuesta de Lucy—. Por eso murió Candy Mac Thurbin.

Tunstall abrió la boca de par en par.

—¿Ha muerto una persona aquí? —exclamó.

—Sí, una chica encantadora. Por lo visto, el encierro le resultó insoportable antes de tiempo y quiso escapar.

—Entiendo.

—Yo aguantaré bien todo el tiempo que sea. Ya ve, llevo cuatro meses y tan campante.

—Pero antes ha dicho que dos semanas…

—Los períodos de aislamiento son cada dos semanas, tres como máximo. Yo ya he hecho cinco. Pero el aislamiento sería más soportable si una tuviese compañía.

Los dientes de Lucy Ngoro eran marfil puro en contraste con el tono de caoba de su tez. Tunstall sonrió.

—Ya nos veremos. Lucy —se despidió.

—Sí, Rudy.

La joven descendió por las escaleras con la agilidad de una gacela. Tunstall se volvió para contemplarla.

De repente, se acordó de Jenny Mohner. ¿Por qué no le había preguntado a Lucy algo acerca de aquella estridente rubia?

* * *

—Mañana, a las nueve, en el laboratorio del profesor —anunció el ama de llaves.

—Está bien. Ah, señora Dugan —dijo Tunstall.

—¿Sí?

—Por favor, no sé su nombre…

—Lya, pero no le autorizo a que lo emplee —contestó secamente la señora Dugan.

—No pensaba hacerlo sin su permiso —sonrió Tunstall—. A pesar de todo, ¿me permite un consejo?

Lya arqueó sus finas cejas negras.

—¿De qué se trata? —preguntó con acento netamente hostil.

—Bueno… usted es una mujer joven… Viste y se peina con mucha severidad… Sobre todo el peinado, tan liso, tan tirante… Ese moño resulta ya anticuado… Oh, no vaya a creer que trato de disuadirla de sus deberes ni tampoco indicarle que se convierta en una vampiresa; pero si yo fuese el dueño de Black Ridge, me gustaría que el ama de llaves tuviese un aspecto menos severo, no declaradamente de una adolescente, sino adecuado a la real edad que tiene usted y que es, inferior, estoy seguro de ello, diez años a la que realmente aparenta.

De pronto, la señora Dugan pareció sentirse inquieta.

—¿Usted cree? —preguntó.

—Bueno, haga una prueba y mírese al espejo —sonrió él—. No le digo que, mientras desempeña sus funciones, vaya con un vestido que deje sus brazos y sus hombros desnudos, pero sí algo más aligeradito y de colores un poco más vistosos que el que lleva puesto. Nada de colores explosivos, sino tonos suaves, amables a la vista… y que sirvan, además, para realzar su preciosa figura.

—Bien… la verdad es que yo… Me pareció que al profesor le gustaría más mi aspecto

actual…

—El profesor es un auténtico *sabio distraído* y como no aparezca usted a servirle la cena en traje de Eva, ni lo notará siquiera. Pero a los demás huéspedes de la casa sí nos gustaría verla más natural, que significa menos severa en su tocado y atuendo —concluyó Tunstall con deliberada retórica.

Una leve sonrisa distendió los labios de Lya.

—Muchas gracias, señor Tunstall. Ten… tendré en cuenta sus consejos. Buenas noches.

—Buenas noches, señora Dugan.

Tunstall cerró la puerta, sonriendo para sí. Lya sabía probablemente muchas cosas y no era precisamente con exigencias ni con malos modos como obtendría información, sino de una forma completamente opuesta.

—Halagos y zalamerías, eso es lo que necesita la señora Dugan —se dijo, mientras empezaba a desvestirse.

* * *

Pasada la medianoche, le despertó una voz colérica:

—¡No!

—Pero…

—Le digo que no y no. No haré eso que me pide, no me someteré a tan ultrajante proposición.

—Jenny, es en interés de la ciencia…

—En interés de la ciencia, un cuerno. Bastante tengo con lo que soporto a diario con sus malditos interrogatorios. ¿Está claro?

—Bueno, si no quiere, ¿qué le vamos a hacer? Pero venga aquí un momento; voy a enseñarle una cosa…

Hubo una pausa de silencio. Luego, de pronto, Tunstall oyó un grito sofocado.

Luego percibió, o le pareció percibir, el ruido de un cuerpo que caía al suelo. Muy impresionado, encendió la luz.

Miró a su alrededor. ¿De dónde diablos salían los sonidos?

El incidente lo mantuvo desvelado durante buena parte de la noche. De no haber sido por el despertador que tenía en la mesilla de noche, habría llegado tarde a su cita con el profesor.

Lucy se reunió con la pareja en el almuerzo.

—¿Dónde está Jenny? —preguntó Tunstall.

—De retiro, supongo —contestó la interpelada.

—¿Quién es Jenny? —Quiso saber Della, que desconocía la presencia de otra persona en la casa.

—Una compañera de penas y fatigas —dijo Lucy—. Pero no sé qué beneficio obtendrá el profesor de su colaboración. Tiene menos sesos que un mosquito y la constancia de un relámpago.

—Una bonita definición —sonrió Tunstall.

—¿La conoce usted? —preguntó Della.

—Vino a verme hace dos noches. La encontré un poco alocada —dijo el joven, que no quería

declarar enteramente todo lo que le había dicho Jenny Mohner.

—Bueno, será mejor que no nos preocupemos de ella. Como nosotros, ha venido a ganarse noventa dólares semanales, la comida y el alojamiento.

—¿Se produce el retiro sin previo aviso? —preguntó Tunstall.

—Lo anuncian la víspera, pero sólo al interesado. Antes de amanecer, el designado es recluido en la habitación de retiro.

—Entiendo.

—¿Conseguirá algo el profesor de ese retiro? —inquirió Della.

Lucy se encogió de hombros.

—Él dice que sí y, ¿quiénes somos nosotros para contradecirle?

Lya Dugan entró en aquel momento con una bandeja en las manos.

—Vaya, una sirvienta nueva —exclamó Lucy.

—Soy yo, señorita Ngoro —contestó el ama de llaves con aspereza.

Tunstall parpadeó de asombro. Lucy soltó una exclamación de sorpresa:

—¡Caramba, no la había reconocido! Está usted completamente transformada, señora Dugan. Hasta diría que se ha quitado diez años de encima.

Tunstall sonrió para sí. Su estratagema empezaba a dar el resultado apetecido. No se podía negar que Lya había dejado atrás los treinta años, pero, entre aparentar cuarenta o sólo treinta, había mucha diferencia. El peinado era distinto, más juvenil, y el traje de color gris oscuro, casi negro, con vivos blancos, había sido sustituido por uno de cuadros rojo oscuro y marrón, que sin ser detonante, le prestaba una apariencia sumamente distinta.

—Ha tenido usted un acierto, créame, señora Dugan —dijo Lucy.

—Mil gracias, señorita Ngoro —contestó Lya, algo más amansada.

Después de comer, la joven de color anunció que se retiraba a su habitación.

—Estoy redactando un diario con mis experiencias aquí —manifestó—. Tal vez algún día me sirva para escribir un libro que me dé fama y dinero. Sobre todo, dinero —concluyó, con un guiño de ojos.

Tunstall y Della quedaron solos.

—¿Qué opina usted de todo esto? —preguntó Della.

El joven hizo un gesto ambiguo.

—No llevamos todavía demasiado tiempo aquí para opinar. ¿Cómo van los interrogatorios?

—Bien, aunque demasiado densos y hasta fatigosos en ocasiones.

—Por suerte, nunca rebasan los noventa minutos; de otro modo, resultaría insoportable.

—En tal caso, figúrese al profesor, que hace al menos tres interrogatorios diarios, cuando no son cuatro.

—Es su oficio —respondió Tunstall—. Por cierto, todavía no conozco el suyo, Della.

El rostro de la muchacha se turbó de pronto.

—Dispénseme —rogó con voz alterada—. Voy a descansar un rato a mí habitación.

Tunstall se quedó muy preocupado. A Della no le había gustado la pregunta sobre su profesión. Tal vez no debía habérsela hecho.

Aquella noche, antes de acostarse, se acercó a la ventana de su dormitorio y contempló el

paisaje bañado por la luna.

¿Por qué una valla electrificada? ¿Acaso no confiaban en ellos?

Una mujer había muerto, por ignorar el mortal peligro que suponía acercarse a la valla. ¿Cómo no le habían advertido de un riesgo semejante?

Al día siguiente, se propuso, hablaría con el profesor y le pediría aclaraciones al respecto.

De pronto, vio que la furgoneta se detenía ante la casa. Al saltó de su interior y se acercó a la puerta.

Momentos después, salieron tres hombres, portadores de una caja de buen tamaño y de forma alargada. Al llevaba uno de los extremos; el profesor y Maffovich sostenían la caja por el extremo opuesto.

Tunstall se estremeció; aquella caja, aunque no tenía una forma estrictamente parecida, recordaba demasiado a un ataúd.

La caja fue cargada en la furgoneta, que arrancó de inmediato. Tunstall siguió sus luces con la vista hasta llegar a la puerta que completaba el cerco de la valla metálica. Maquinalmente, se preguntó dónde podía hallarse el mecanismo de apertura de aquella puerta.

Sin embargo, estaba mucho más preocupado por el contenido de la caja que parecía un féretro.

Se metió en la cama, con un libro entre las manos. De pronto, recordó algo que había oído noches antes.

—No hay motivos para que me preocupe —dijo, satisfecho—. Esa caja contenía el sarcófago con la momia.

* * *

Transcurrió una semana sin alteraciones en la rutina diaria.

Jenny Mohner continuaba en su retiro. A Tunstall le extrañó que durase tanto, cuando tenía noticias de que el encierro no pasaba nunca de tres o cuatro días, y así se lo hizo saber a la señora Dugan.

—Jenny ya no está en Black Ridge —contestó Lya sorprendentemente.

—¿Cómo? ¿Se ha marchado?

—En efecto. El profesor opinó que tenía una personalidad muy pobre y que no obtendría ningún beneficio de su cooperación. Por tanto, la despidió.

—Está bien. Disculpe mi curiosidad…

Lya sonrió extrañamente.

—No hay nada que disculpar —contestó.

El día transcurrió normalmente. Por la noche, a poco de encerrarse en su dormitorio, Tunstall oyó que llamaban a la puerta.

Abrió. Era la señora Dugan.

—Tengo que darle ciertas instrucciones de parte del profesor —manifestó Lya—. Como serán un poco largas, lo haré más tarde, a partir de las doce, en mi habitación, tercera puerta a la izquierda del último piso.

—Oh, muy bien, señora Dugan.

Tunstall se quedó solo.

—¡Qué cosas tan extrañas pasan aquí! —murmuró.

Encendió un cigarrillo y se sentó en un sillón, con un libro en las manos. Así pasó el tiempo hasta que el gran carillón del vestíbulo desgranó las campanadas de medianoche.

Entonces, se puso en pie y salió de su habitación. Caminó a lo largo del amplio pasillo, subió por la escalera que conducía al último piso y llamó a la puerta señalada.

—Pase —dijo Lya.

Tunstall abrió, deteniéndose de golpe en el umbral. Aquella mujer que le miraba sonriente, ¿era la severa señora Dugan?

Lya estaba en pie, junto a una mesita en la que se veían dos copas y una botella de champaña en hielo. Tenía el pelo suelto, largo hasta la cintura, y vestía un peinador de tul blanco, debajo del cual, Tunstall estaba seguro, no llevaba otra prenda.

La única luz era un enorme cirio, sobre un candelabro de roble tallado, de la altura de un hombre. El candelabro estaba al otro lado de Lya, en una posición sumamente estratégica para que el hombre pudiera contemplar su silueta al trasluz.

Y era una silueta con muchos más atractivos de lo que Tunstall hubiera podido sospechar en un principio.

—Entre —invitó Lya con voz acariciadora—, no se quede en la puerta.

Tunstall cruzó el umbral y cerró.

—¿Así estima el profesor que su ama de llaves debe dar las instrucciones a sus colaboradores? —preguntó.

—Al profesor le interesa todo género de reacciones de sus colaboradores —contestó Lya.

—Entonces, ¿le informará de lo que puede suceder aquí?

Lya caminó ondulante hacia él, con la sonrisa en los labios. Su rostro había sufrido una total transformación.

—Todo depende de lo que suceda aquí —contestó, a la vez que le echaba los brazos al cuello.

Tunstall sonrió. Rodeó la esbelta cintura de la mujer con sus brazos y dijo:

—Me parece que lo más conveniente será no dar ninguna información al profesor, ¿no te parece? —dijo.

—Sí —contestó Lya escuetamente.

CAPÍTULO V

Una semana después, Tunstall recibió por la noche la orden de estar preparado para el retiro al amanecer siguiente.

Lya le entregó un mono de tejido ligero y esponjoso, muy suave al tacto.

—Ésta es toda la ropa que llevará puesta —dijo, empleando el habitual tratamiento ceremonioso que usaba en circunstancias ordinarias—. Le dejo también un cuaderno y un par de lápices. Más instrucciones, mañana por la mañana —añadió.

Al día siguiente, todavía entre dos luces, Lya le condujo a una puerta situada en la planta baja.

—Le serán servidas tres comidas diarias —indicó—. Usted no verá a nadie ni nadie le verá a usted. El aislamiento será absoluto. Solamente en caso de enfermedad grave, estaría autorizado a dejar una nota en la bandeja de la comida, para poder ser asistido.

—Por el profesor, supongo.

—Sí, entre otras cosas, también tiene el título de doctor en Medicina. El cuaderno es para que vaya anotando datos, fechas, sucesos e incidentes que se le hayan podido ser pasados por alto en los interrogatorios precedentes.

—Muy bien, sólo falta ahora saber cuánto durará el retiro.

—Cuatro días, como máximo.

—Espera, Lya —dijo él de pronto, bajando la luz—. Me gustaría…

—Ahora, no —contestó ella en el mismo tono—. Cuando salgas.

Tunstall entró en el cuarto. La puerta se cerró a sus espaldas.

Durante unos momentos, se sintió como desconcertado. Luego, tratando de acomodarse a su situación, examinó el lugar en que se hallaba.

Había una cama muy sencilla, sin ropas, sólo una colchoneta y una almohada, una mesa y una silla. También había un diminuto cuarto de baño, en un cubículo contiguo.

La temperatura era excelente, unos veinticinco grados, calculó, lo que hacía innecesarios los ropajes. En el techo había una lámpara de forma circular.

Eso era todo, ni un libro, ni un periódico, ni una revista.

Sólo un cuaderno en blanco y un par de lápices, para escribir todo lo que se le antojara.

—Debe de ser una prueba psicológica de aislamiento total —dedujo.

La mesa tenía un pequeño cajón, para dejar en ella el cuaderno y los lápices. Al cabo de unos minutos, se sentó y escribió un par de líneas.

Paseó, se sentó, volvió a escribir, se levantó… A las ocho, se abrió un hueco en una de las paredes y apareció el desayuno.

El hueco tenía un mamparo en el lado opuesto, de modo que no podía ver lo que había al otro lado. Al terminar, dejó la bandeja en el mismo sitio y el hueco se cerró de nuevo.

Así sucedió a mediodía y a la noche.

—A este paso, voy a engordar diez kilos —se dijo.

Por la noche, después de cenar, se dio cuenta de que llevaba puesto el reloj de pulsera.

Era un reloj relativamente barato, aunque con las habituales propiedades de los relojes modernos: antichoque, impermeable, eléctrico y con calendario. Tunstall se lo quitó, lo hacía

todas las noches, y lo dejó en uno de los vacíos estantes del lavabo. Al hacerlo, se fijó maquinalmente en la fecha: 9 de mayo.

La luz osciló a las once, como un aviso de que se iba a apagar. Tunstall se tendió en la cama.

A los pocos minutos, la estancia quedó en la más absoluta oscuridad. Tunstall, aunque despierto, no pudo ver el diminuto chorro de gas que descendía del techo. Tampoco supo de su presencia, porque era un gas inodoro.

Treinta segundos después, estaba completamente dormido.

* * *

Despertó bostezando, después de un largo y reparador sueño. Estiró los brazos voluptuosamente, y se puso en pie.

Casi se cayó al suelo.

—Demonios, qué flojo estoy —gruñó.

Con paso inseguro, se dirigió al baño, en donde un poco de agua fresca en la cara le alivió un tanto. Al secarse, oyó el leve chasquido que anunciaba la llegada del desayuno.

Estaba hambriento y dejó los platos completamente limpios. A él mismo le sorprendió tanto apetito. «Tendré que reflejarlo en el cuaderno», pensó.

Luego quiso mirar la hora, pero entonces recordó que había dejado el reloj en el cuarto de baño. Fue allí y se lo puso en la muñeca. Eran las nueve menos cuarto.

De repente, todo su cuerpo sufrió como una sacudida eléctrica.

Una y otra vez miró el calendario del reloj. El aparato no era de los más caros ciertamente, pero Tunstall confiaba en él; lo tenía desde hacía tres años y su marcha era perfecta, de una absoluta regularidad.

Se había tendido a dormir a las once de la noche del día 9 de mayo. Ahora iban a dar las nueve de la mañana del día 14 del mismo mes.

Por tanto, había dormido cuatro días completos más unas diez horas.

«¿Cómo era posible?», se preguntó, presa de un lógico desconcierto.

Cuatro días y medio durmiendo seguidamente explicaban su debilidad y el hambre de lobo que había sentido al despertarse. Pero ¿quién explicaba los motivos de un sueño tan prolongado?

De pronto, se fue hacia el cajón y sacó el cuaderno. Parecía estar en orden, sólo con las cuatro o cinco páginas que había escrito durante las horas que había permanecido despierto. No obstante, en una de las páginas observó una especie de mancha ovalada.

—La huella de un pulgar manchado de grasa —dedujo en el acto.

Luego alguien había estado en la habitación mientras dormía… ¿para qué?

Un sentimiento de terror invadió su ánimo. ¿Trataban de realizar allí algún diabólico experimento, utilizando seres humanos como cobayas?

Procuró no dejarse llevar por el pánico. Una cosa era evidente: había sido narcotizado, aunque no advertía ninguna secuela perniciosa en el organismo. La debilidad y el apetito eran simple consecuencia de un sueño tan largo, durante el que no había tomado ningún alimento.

A mediodía, llegó la comida. Sobre la bandeja, divisó una nota escrita:

Terminada la comida cesará su retiro.

Tunstall respiró aliviado. A pesar de sus preocupaciones, el cuerpo le pedía alimento y dejó vacíos todos los platos. Un minuto después de haber dejado la bandeja, se abrió la puerta.

* * *

Mientras subía a su habitación, vio a Lucy y a Della charlando animadamente.

—¡Rudy! —exclamó Della.

Lucy se inclinó y se apoyó con ambas manos en la barandilla del piso superior.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó.

—Bien, aburrido, pero… descansado —sonrió el joven.

—Ha estado solamente tres días —dijo Lucy—. No es mucho, Rudy.

Tunstall se quedó parado un momento. Luego volvió a sonreír. Por ahora, se dijo, no convenía hacer público su secreto.

—He tenido suerte —contestó jovialmente. Por fortuna, las mangas del mono eran largas y ocultaban el reloj de pulsera—. ¿Qué día es hoy? —preguntó con aire intrascendente.

—Doce de mayo —respondió Della—. Bueno, en realidad ha estado tres días y medio, pero eso, creo, no tiene importancia.

—No, no la tiene —convino él con voz neutra.

—Ah, tenemos una compañera nueva —exclamó Lucy—. Ahora está en su primera sesión de interrogatorios.

—Se llama Elsa Carmody —dijo Della.

—Ya la saludaré más tarde. —Tunstall hizo una mueca—. Necesito un buen baño; allí no había más que una simple ducha.

Lucy agitó una mano.

—Hasta luego, Rudy.

Tunstall pasó por delante de las dos chicas. Al quedarse solas, Della dijo:

—Lucy, ¿te has fijado qué pálido está?

—No tiene nada de particular —contestó la otra desenvueltamente—. A mí también me pasa algo por el estilo: cuando uno sale de ese encierro, se siente muy deprimido y enervado. Pero se pasa en un par de días, con buena comida y largos paseos por el campo.

Della asintió. No quiso insistir sobre el tema, pero le preocupaba la intensa palidez de Tunstall que se debía, estimaba, a algo más que a un simple encierro de tres días y algunas horas.

Mientras se bañaba, Tunstall pensó en que las dos mujeres habían *perdido* también dos días. ¿Por qué ellas sólo dos y él más de cuatro?

Presentía que allí había algo nada limpio. Trataría de averiguarlo, se dijo, aunque, desde luego, con la máxima prudencia.

Al cabo de un buen rato, se vistió con ropas normales. Salió al dormitorio y entonces oyó una voz:

—¿Qué tal las muestras, profesor?

—Magníficas. Han dado un resultado estupendo. Pero todavía queda mucho camino por recorrer.

—No tenemos prisa, ¿verdad?

Las voces cesaron de pronto. Una vez más, Tunstall se preguntó de dónde procedían y qué camino seguían para llegar hasta sus tímpanos.

CAPÍTULO VI

A media tarde, Tunstall invitó a Della a dar un paseo.

—Estoy algo cansada —alegó la chica.

—No me extraña en absoluto, pero creo que un paseo le sentará bien —sonrió Tunstall.

Della le miró y creyó comprender que el joven quería decirle algo, lejos de oídos posiblemente indiscretos. Se puso en pie y caminó junto a Tunstall hacia la puerta del vestíbulo.

—Vamos a ver —dijo él, cuando estuvieron a suficiente distancia de la casa—. Antes ha dicho que hoy es doce de mayo.

—Sí, estoy segura de ello.

—¿Por qué, Della?

—Hay un gran calendario en el laboratorio de psicología, un calendario mural, con las cifras de más de un palmo de altas. Casi todo el tiempo, mientras él me interrogaba, estaba yo mirando el calendario.

—Y ha dicho que se siente algo cansada.

—Sí, pero ya se me va pasando…

—¿Ha notado estos días, al despertarse, cierta debilidad y un apetito fuera de lo común?

—Sí. ¿Cómo lo sabe usted? —preguntó ella, vivamente sorprendida.

Tunstall sonrió.

—Della, hoy no es día doce, sino catorce —afirmó.

Ella se detuvo y le miró boquiabierta. Tunstall emitió un gruñido.

—No haga gestos de extrañeza, compórtese en todo momento con entera naturalidad, oiga lo que oiga —dijo—. Pueden estar vigilándonos desde la casa, ¿comprende?

Della reaccionó.

—Sí, Rudy, pero ¿qué es lo que sucede? —Quiso saber.

—Simplemente, que tanto usted como Lucy han dormido dos días seguidos. Yo he dormido cuatro. Y para que no adviertan nada, han alterado deliberadamente la fecha del calendario.

—Dios mío, pero eso… es increíble. ¿Cómo puede asegurarlo tan rotundamente, Rudy?

—Cuando vaya a ir al retiro, le dejaré mi reloj de pulsera. Trate de mantenerlo oculto bajo la manga del mono que le darán. Al acostarse, guárdelo en algún sitio donde no sea fácil verlo. Pero al ir a dormir la primera noche, fíjese bien en la fecha.

Tunstall alargó ligeramente la mano izquierda. Della bajó la cabeza y vio perfectamente la esfera del reloj.

—¿Funciona bien? —preguntó.

—Es barato, corriente y de poco valor, pero de una regularidad a toda prueba —contestó él.

—Entonces, Jenny y yo hemos dormido dos días…

—¿Cuándo se acostó usted?

—Anoche, claro.

—Se acostó el once por la noche y ha dormido el doce y el trece enteros. ¿Ha despertado hoy?

—Sí, bastante floja…

—Pero menos que yo, que permanecí cuatro días y casi medio más sin comer ni beber.

Un grupo de abetos les ocultó a la vista de cualquier posible observador de la casa. Della se detuvo de repente.

—Rudy, ¿por qué? —preguntó lacónicamente.

Tunstall se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó—. Aunque se me ocurre una posibilidad, pero no puedo confirmarlo.

—¿Qué posibilidades, Rudy?

—Simplemente, nos sacan sangre mientras dormimos.

* * *

—Bien, cuénteme usted sus experiencias de la guerra —dijo el profesor Wack a la mañana siguiente.

—¿La guerra? No he estado en ninguna guerra, por fortuna —contestó Tunstall, tras un respingo de sorpresa.

—Es igual. Imagínese que ha tomado parte en un conflicto, como simple combatiente, en una guerra cualquiera… Invéntese algo, trate de describir una acción bélica en la que usted hubiera tomado parte, el ambiente previo a la entrada en fuego, sus camaradas, el sargento, su teniente… ¿Me entiende?

—Sí, señor.

Tunstall empezó a hablar. Sus ojos estaban fijos en el calendario.

La hora correspondía exactamente con la de su reloj. Pero la fecha del calendario era el día 13.

Y el calendario de su reloj marcaba el 15.

«¿Por qué pretenden robarme cuatro días y dos a las chicas?», se preguntó.

—Siga, no se calle —le apremió Wack.

—Sí, profesor.

Tunstall habló durante un cuarto de hora. Ya no sabía ni qué decir.

—Y entonces… un casco de granada me hirió en la cabeza, dejándome sin conocimiento. ¿O no había perdido el sentido? No sé si soñaba o no… Creo que estaba en una isla desierta, sin una gota de agua… Tenía una sed horrorosa y no podía moverme para ir a buscar agua… Entonces, apareció un japonés, tan sediento o más que yo… Se arrojó sobre mí, me mordió en el cuello y empezó a beberse mi sangre…

—¡Basta!

Tunstall miró al profesor con fingida sorpresa.

—Estaba relatando mis impresiones después de haber sido herido —dijo—. Mi padre fue oficial en la guerra, en el Pacífico, y contó que una vez fue herido y perdió el sentido, pero que soñó muchas cosas absurdas…

—Los japoneses no se bebían la sangre de los americanos —dijo el profesor secamente.

—Bueno, era un sueño imaginario. ¿Por qué no había de sentirlo un hombre sediento?

Wack se puso en pie. Tunstall observó que estaba notablemente alterado.

—Hemos terminado por hoy. Gracias por su cooperación —dijo el profesor secamente.

—Sí, señor.

Tunstall se dirigió hacia la puerta del laboratorio, ocultando una sonrisa de triunfo. Había conseguido desconcertar al profesor. En el próximo interrogatorio, en que, seguramente, haría intervenir a su fantasía, hablaría de otro sueño inventado, con cosas ocurridas dentro de la casa.

Antes de salir, se volvió de pronto:

—Profesor, ¿por qué está electrificada la valla que circunda Black Ridge? —preguntó.

—Es una medida de precaución contra los ladrones —respondió Wack con aspereza.

—Pero a nosotros no nos avisaron…

—Debió ser una omisión de Al. Dispénselo, Rudy.

—Sí, profesor.

* * *

Aquella noche, Tunstall oyó voces en su cuarto.

—No, no quiero… No lo haré y no lo haré…

—Pero, Lucy…

—Es inútil que insistan. Me voy inmediatamente de esta casa infernal. Adiós.

Se oyó un sordo golpe, un breve gemido y luego el ruido de un cuerpo al caer al suelo.

Tunstall se quedó helado de horror.

Estaba seguro de haber sido testigo de un asesinato, aunque no con la vista, sino con el oído. El hecho se había producido de manera muy parecida a lo ocurrido con Jenny Mohner. Pero ¿qué habían pedido a las dos mujeres, que ambas se habían negado de modo tan rotundo, sucumbiendo a continuación?

Se oyó el ruido de una puerta que se abría y se cerraba. Tunstall percibió ahora la voz de un recién llegado.

Era Maffovich.

—¿Está…? —preguntó.

—Sí, no me ha quedado otro remedio —contestó Wack con triste acento—. Dame la sierra, Ivan.

—Sí, profesor.

Tunstall sintió que se le ponían los pelos de punta.

¡Una sierra!

Para descuartizar a Lucy.

Vaciló, se mareó… Si tuviera a mano una buena botella de licor…

De pronto, llegó a sus oídos un ruido horrible, espeluznante.

El ruido de una sierra cortando un hueso humano. Tunstall se tapó los oídos. No lo podía soportar.

Un instinto de supervivencia le hizo callar, mordiéndose los labios hasta que brotó la sangre. Si gritaba, le oirían, puesto que él los podía oír.

Y entonces, su suerte quedaría sellada.

«Tengo que vivir, tengo que vivir…», se dijo una y otra vez.

—Ya está —dijo Wack de pronto.

—¿Qué hacemos con eso, profesor? —preguntó Maffovich.

Eso tenía que ser el cadáver descuartizado de Lucy, pensó el joven.

—De momento, hay cosas más urgentes —contestó Wack—. Vamos, no perdamos tiempo.

Súbitamente, Tunstall creyó adivinar el lugar por donde llegaban los sonidos a su dormitorio.

—¡La chimenea! —Casi gritó.

Agachado, examinó el tubo atentamente, incluso con la ayuda de su encendedor. Pero no vio nada de particular.

Las voces procedían de una planta inferior, no cabía duda. Posiblemente, en la habitación de más abajo, habría otra chimenea, cuyo cañón ascendía paralelo a la de su dormitorio. Tal vez, con el tiempo, se había desprendido algún ladrillo, estableciendo comunicación entre los dos tubos. No era difícil, ya que el calor producido por el fuego y el humo originaría alteraciones en el mortero de unión entre los ladrillos y aun en estos mismos, debido a las naturales dilataciones y contracciones debidas a las alternativas de calor y frío.

Un ladrillo, peor sujeto que los demás, se había soltado o tal vez agrietado o quizá sólo faltaba un fragmento. Era lo mismo; los resultados no se alteraban.

CAPÍTULO VII

Tocaron unos nudillos a la puerta.

—Adelante —dijo Tunstall.

Lya apareció en el umbral.

—Son las ocho. Va a llegar tarde a su sesión con el profesor —dijo con voz impersonal.

—No me encuentro bien hoy. Discúlpeme con el profesor, señora Dugan, se lo ruego.

—¿Se siente mal?

—Un poco fastidiado. Señora Dugan, un par de aspirinas y un vaso de leche caliente me aliviarían notablemente.

—Se lo traeré al momento, señor Tunstall.

Lya regresó minutos más tarde con lo pedido y lo puso sobre la mesilla de noche. Tunstall agarró su muñeca.

—Iré a verte a la noche —dijo en voz baja.

—Sí —aceptó Lya—. Pero estás enfermo…

—Tonta —rió él—, era sólo el pretexto para concertar la cita. Me encuentro perfectamente, sólo que tenía ganas de perecear un rato en la cama.

—De acuerdo —sonrió el ama de llaves.

—Ah, procura tener algo más fuerte que el champaña. Llevo ya muchos días sin saber lo que es un buen trago de *whisky*.

—Descuida —contestó ella, con un guiño cómplice.

Lya se marchó. Tunstall se bebió la leche, pero tiró las aspirinas al inodoro.

Luego se levantó y cerró la puerta con doble vuelta de llave. Acto seguido, buscó la palmatoria que tenía en la mesilla de noche, encendió la vela y se arrodilló frente a la chimenea.

El hogar era muy amplio y tenía casi un metro de fondo. Tunstall tanteó los ladrillos uno por uno con todo cuidado.

De pronto, encontró uno que se movía ligeramente.

En su equipaje, tenía una navaja. Lenta y pacientemente, fue quitando la argamasa, hasta dejar el ladrillo suelto.

Una hora más tarde, había un hueco de unos sesenta o setenta centímetros de lado. Tunstall asomó la cabeza por el hueco, pero no pudo ver nada.

—Lástima de una lámpara eléctrica —se dijo.

Y una cuerda también, porque la necesitaría para descender a la habitación inferior.

De pronto, se volvió hacia las cortinas. Entonces, llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Della. ¿Puedo pasar a verle, Rudy?

Tunstall abrió. Della se asombró extraordinariamente de verle tiznado como un deshollinador.

—Entre, rápido —dijo él.

La muchacha obedeció.

Diez minutos más tarde, enterada de todo lo ocurrido, sintió que sus piernas flaqueaban y tuvo que sentarse.

—Es horrible, horrible… A veces me pregunto por qué acepté este empleo… Si es que se le puede llamar empleo, claro.

—¿Tan mal le iba en el anterior?

—Alternaba con los clientes de un bar. Rudy —confesó Della.

—Oh, comprendo. —Tunstall hizo un gesto con la cabeza—. Si dispusiera de una lámpara eléctrica…

—Yo tengo una en mi equipaje —exclamó la muchacha.

Los ojos del joven brillaron.

—Vaya a buscarla, pero sea discreta —dijo—. Si ve el menor síntoma de peligro, no venga por aquí.

—Entendido.

Mientras Della buscaba la linterna, Tunstall, con su navaja, cortó todos los cordones de los cortinajes, anudándolos para formar una cuerda de unos doce metros de largo. Tendría suficiente, calculó, en el momento en que entraba la muchacha con la linterna.

Tunstall ató la cuerda a uno de los hierros de la chimenea, que puso atravesado ante el hogar. Lanzó el resto al negro hueco que se abría al lado del hogar y, colgándose la linterna de uno de los ojales de la chaqueta del pijama, se dispuso a emprender el descenso.

—Tenga cuidado —advirtió Della, aprensiva, cuando él tenía ya casi todo el cuerpo metido en el cañón de la otra chimenea.

—Sí, Della.

El descenso fue relativamente fácil, debido a que podía apoyar los pies en las paredes del tubo. Tunstall pensó que necesitaría luego un par de miles de litros de agua para quitarse el hollín. En cuanto al pijama, tendría que quemarlo.

Momentos después, sus pies tocaron un rellano. Más abajo estaba el hogar de otra chimenea de dimensiones aún mayores.

Escuchó atentamente. No se percibía el menor sonido.

La cuerda terminaba a unos dos metros del piso de la chimenea, completamente limpio, lo que significaba que hacía mucho tiempo que no se había usado. Tunstall se descolgó lentamente, rozó con las puntas de los pies el hogar y luego soltó la cuerda.

Se agachó. Cualquiera que fuese la estancia en que ahora se encontraba, estaba a oscuras. La linterna de Della iba a resultarle ahora de inapreciable valor.

Encendió la lámpara y paseó el haz de rayos en todas direcciones. Vio algunos aparatos, sin especial significado, una mesa de operaciones, un enorme frigorífico y, en uno de los ángulos de la estancia, en pie, el sarcófago que, sin duda, contenía la momia.

De Lucy Ngoro no había el menor rastro. Se preguntó dónde podría estar la joven de color.

Salió de la chimenea y se acercó al sarcófago. No se atrevió a abrirlo, temeroso de dejar señales de sus manos manchadas de hollín. Pero, el frigorífico, ¿qué diablos contenía?, se preguntó.

La curiosidad pudo más que el temor a dejar rastros de su estancia allí. Podía oír el tenue zumbido del motor, lo que indicaba que el frigorífico estaba en funcionamiento.

Sobre una silla vio un trapo blanco y lo cogió sin titubear. Con él en la mano no dejarla marcas

de sus dedos manchados de hollín.

Abrió el frigorífico. Retrocedió, como si le hubieran asestado un mazazo en el plexo solar.

Los ojos de Lucy le miraban vidriosamente, en el estante superior del frigorífico. Su cuello, cercenado a ras de la mandíbula, descansaba sobre una bandeja, en la que se veían manchas de un líquido coagulado de origen inconfundible.

Lucy carecía de la frondosa cabellera rizada de que tan orgullosa se había mostrado siempre. En realidad, sólo quedaba de su cabeza la cara hasta las orejas. Faltaba por completo la tapa craneana. El hueco que había contenido el cerebro aparecía estremecedoramente vacío.

En una bandeja inferior estaba el brazo izquierdo de Jenny. El horror de Tunstall aumentó al ver que el húmero aparecía casi completamente descarnado, aserrado a unos centímetros por debajo de la articulación que lo había unido al hombro. El antebrazo y la mano aparecían intactos y ésta tenía los dedos engarfiados, crispados en un último gesto de impotencia ante una suerte inevitable.

Cerró el frigorífico. Un resto de sentido común le hizo retroceder paso a paso, borrando con el paño las huellas de sus pies. Llegó a la chimenea, se metió el trapo en la pretina del pantalón del pijama, colgó la linterna del mismo sitio y estiró las manos. Tocó el extremo de la cuerda y empezó la ascensión.

* * *

Para Della, el tiempo que Tunstall pasó abajo le pareció inacabable. Cuando, al fin le vio aparecer por la chimenea, completamente negro de hollín, exhaló un profundo suspiro de alivio.

Corrió hacia él.

—¿Qué hay abajo? —preguntó, ansiosa.

Tunstall meneó la cabeza negativamente.

—He perdido el tiempo —mintió—. Es sólo un cuarto trastero, lleno de cajones vacíos y cachivaches inútiles.

Ella le miró atónita.

—Entonces, ¿las voces y los ruidos que ha oído…?

—Quizá procedan de otra habitación, cuya ubicación ignoramos —contestó él.

—Una habitación secreta.

—Eso opino, Della. Por favor, no repita a nadie lo que le he dicho. Guarde el secreto, compórtese con toda normalidad. ¿Entendido?

Della asintió.

—Sí, Rudy.

Tunstall se señaló a sí mismo.

—Tengo que bañarme —dijo.

—Borre luego todas las huellas —aconsejó Della—. Conviene que no se enteren de su excursión.

—Sí, es una buena idea. Ahora, vuelva a su cuarto y compórtese con toda normalidad. Pero si advierte la menor señal de peligro, chille con todas las fuerzas de sus pulmones, ¿entendido?

—Yo no dejaré que me lleven a la misma habitación que llevaron a Jenny y a Lucy —aseguró la chica firmemente.

Tunstall fue al cuarto de baño y estuvo largo rato bajo la ducha, hasta que hubo desaparecido de su cuerpo toda la suciedad. Al terminar, llevó el pijama y el trapo que había tomado allá abajo a la chimenea y les prendió fuego.

Por el momento, se dijo, Della debía ignorar lo que había visto en la habitación inferior. Era demasiado horrible.

Pero tampoco permitiría que Della corriese una suerte semejante. Por cierto, ¿qué se había hecho del resto del cuerpo de Lucy?

De pronto, se le ocurrió una idea. Noches atrás, Al había cargado una caja en la furgoneta. En un principio había creído se trataba de la momia, que trasladaba de sitio. Ahora estaba persuadido de que aquella caja contenía el incompleto cadáver de Jenny Mohner.

Pero ¿dónde habían enterrado a la mujer?

* * *

A las doce de la noche, llamó a la puerta del dormitorio de Lya. ¿Era cómplice el ama de llaves de los horrendos experimentos que se realizaban en aquella casa?

Lya abrió. Sus ojos poseían un brillo especial.

—Entra —susurró, a la vez que alargaba la mano posesivamente.

Tunstall cruzó el umbral. Cualquiera que fuese la relación que unía a aquella mujer con Wack y Maffovich, era evidente que no delataría su presencia en el dormitorio a deshoras. Lya no era de las que tiraban piedras contra su propio tejado.

La puerta se cerró. Lya se colgó de su cuello y le besó con avidez indisimulada. En los cálidos brazos de la mujer, Tunstall trató de olvidar por unos momentos las horribles escenas presenciadas durante el día.

Al cabo de un rato, Lya dijo:

—He traído lo que pediste, Rudy.

Y enseñó una botella de buen *whisky*.

Tunstall le guiñó un ojo.

—Un trago nos sentará bien a los dos —contestó.

Desenroscó el tapón y sirvió dos generosas porciones. Su vaso tintineó al chocar contra el de Lya. Tomó el primer trago con ansia, pero luego se dijo que no le convenía beber demasiado, sino todo lo contrario.

Sirvió la segunda ración. Lya soltó una risita al llevarse el vaso a los labios.

—Nos vamos a emborrachar —dijo.

—¿Con una botella solamente? No tengas cuidado —sonrió Tunstall.

Besó y abrazó a la mujer nuevamente. Después, volvieron a tomar otro trago, el de Tunstall más corto. De pronto, Lya se soltó de él y empezó a bailar descalza, girando sobre sí misma, a la vez que lanzaba risitas mezcladas con las notas de una canción tarareada.

Tunstall corrió hacia ella y la detuvo, sujetándola por el talle.

—Te vas a marear —dijo.

Ella le miró con ojos húmedos.

—¿Y qué importa? —contestó—. Un día es un día… y la vida es harto monótona. Dame otro trago, Rudy.

—No, no quiero que bebas más; te va a hacer daño.

—Rudy, o me das otro trago o chillaré diciendo que quieres violarme.

—Bueno, mujer, si te pones en ese plan…

Tunstall llenó el vaso nuevamente y se lo entregó a Lya. Ella bebió en parte y luego ofreció el vaso al joven, quien tomó un sorbo.

—Huy, todo da vueltas —dijo Lya de pronto.

—Ven, siéntate —indicó él, empujándola suavemente con un brazo en su cintura.

Había un diván y se sentaron en él. Lya apoyó la cabeza en el hombro de Tunstall.

—E… el doctor no… no contaba con que yo… te sometiera a este expe… experimento —tartajeó.

—No creo que el doctor haya incluido un experimento así en su programa —dijo él—. Pero ¿para qué diablos realiza todas esas experiencias?

—No… no lo sé… muy bien. Yo me ocupo de la casa, principalmente, claro que… las tareas duras las hace Al… Pero… creo que quiere hacer una mujer nueva…

Lya soltó una risita estúpida.

—Una mujer nueva… La hará con pasta de moldear, digo yo, y le pondrá por dentro un cerebro mecánico… con lo bien que sienta ser una mujer de carne y hueso… ¿No es verdad, queridito?

—A mí me sienta muy bien que tú seas una mujer de carne y hueso —contestó él sonriendo.

Pero interiormente estaba estremecido por lo que acababa de escuchar.

¿Era Wack un nuevo Frankenstein que fabricaba personas con trozos de cadáveres?

Tenía que averiguarlo, tenía que averiguarlo, se dijo una y otra vez, obsesivamente, mientras acariciaba de modo maquinal a Lya.

La cabeza de la mujer se hizo repentinamente más pesada, a la vez que su respiración adquiría un ritmo regular. Tunstall volvió a la realidad.

Con todo cuidado, la tomó en brazos, la llevó a la cama y la arropó cuidadosamente. Luego apagó las luces menos una y abandonó el dormitorio.

Sentíase satisfecho, aunque sólo en parte. Algo había averiguado, pero no todo cuanto deseaba.

CAPÍTULO VIII

El calendario del laboratorio continuaba marcando obstinadamente dos fechas menos de la real.

Tunstall lanzó una ojeada al calendario y luego se arrellanó en el sillón.

—¿Listo, Rudy? —dijo Wack.

—Sí, profesor.

—¿Qué clase de árbol le gusta más?

—El álamo.

—¿Mar o montaña?

—Ni lo uno ni lo otro.

Wack arqueó las cejas.

—¿Cómo? —dijo, asombrado—. A unos les gusta el mar, y a otros la montaña, pero no hay términos medios.

—Perdón, profesor; a mí me gusta el campo, que no es precisamente la montaña. Una llanura de suaves curvas, un río bordeado de chopos y álamos, mucho césped…

Wack sonrió.

—Tiene usted razón, sí hay un término medio. ¿Le gusta la nieve?

—En las postales.

—¿Y el sol?

—Moderadamente.

—¿Qué deporte prefiere?

—Pasear. Y la bicicleta. No me gustan los deportes violentos.

—¿Por qué?

Tunstall agarró la ocasión por los pelos.

—Tuve un amigo que practicaba el esquí. Se rompió un brazo y tuvieron que amputárselo. Desde entonces me ha quedado cierta aprensión a perder algún miembro si practico un deporte demasiado… enérgico.

—Comprendo.

—Otro de mis amigos era muy aficionado a la motocicleta. Un día perdió la cabeza.

—¿La cabeza?

—Sí, tropezó con un alambre atravesado en el camino.

Wack frunció el ceño.

—Eso es todo por hoy, Rudy —dijo bruscamente.

—Sí, profesor.

Tunstall abandonó el laboratorio. Había actuado con aparente ingenuidad, pero Wack había quedado muy impresionado por sus últimas respuestas. Ciertamente, el propio Wack había facilitado aquellas contestaciones con sus preguntas, pero, de no haber sido así, él hubiera buscado la ocasión de mencionar una cabeza y un brazo separados de su cuerpo.

Silbando, se encaminó hacia la biblioteca. En el camino se encontró con Lya.

—Tiene usted muy mala cara, señora Dugan —dijo.

Ella le dirigió una mirada lastimera.

—¿Qué me pasó anoche? —preguntó.

Tunstall sonrió.

—No debes pasar de la primera copa de champaña, que es más flojo —contestó alegremente.

—Debí decir muchas inconveniencias, ¿no?

—Bah, lo que dice todo el mundo en una situación así; no te preocupes. Bueno, voy a buscar un libro para entretenerme un rato.

Con aire despreocupado, terminó de cruzar el vestíbulo y entró.

Elsa Carmody estaba allí, hojeando un libro. Era una joven de regular estatura, con lentes, de aspecto tímido y reflexivo a un tiempo, vestida con discreción y pulcritud.

—Hola —saludó él.

Elsa le miró por encima de sus lentes.

—¿Cómo está, señor Tunstall? —saludó.

—Perfectamente, pero tráteme con menos ceremonia. Me llamo Rudy —sonrió él.

—Como quiera —dijo la joven. Hizo una corta pausa, durante la cual se mordió los labios, y luego añadió—: Me parece que voy a dejar la casa.

Tunstall arqueó las cejas.

—¿Por qué, Elsa?

—No me gusta el ambiente. Yo creí que sería… más científico —respondió ella.

—¿Le parece poco científico? El profesor Wack es un científico de notable reputación…

—El verdadero nombre de Wack es Wackewicz y fue expulsado de la Asociación Médica Americana, por práctica ilegal de la medicina.

—¿Cómo? ¿No tiene el título?

—Una cosa es que tenga el título y otra que ejerza la medicina honestamente —dijo Elsa.

—¿Sabe usted que hizo?

—Prefiero no decirlo; lo considero, aparte de lo que pudiera tener de delictivo, sonrojante y desagradable.

—Como quiera, Elsa; pero si usted conocía a Wack, ¿por qué aceptó venir aquí?

—Perdón, al que yo conocía era a Wackewicz. No supe que se trataba de un desaprensivo, hasta que llegué a la casa.

—Tenga cuidado, Elsa. La valla está electrificada.

—La abrirán para mí —contestó ella con suficiencia.

—Voy a darle un consejo —dijo Tunstall, muy serio—. Acéptelo o no, pero al menos, escúcheme.

—Sí, Rudy.

—No diga declaradamente que se va a marchar. Espere la ocasión propicia.

—No veo por qué no he de decir que…

—Elsa, hágame caso.

Hubo un momento de silencio. La joven miró a Tunstall y vio algo en su rostro que le hizo comprender la necesidad de aceptar el consejo.

—Muy bien, aguardaré la ocasión propicia, pero, en cuanto pueda, me iré —respondió al cabo.

—Así está mejor —sonrió el joven—. Una pregunta, Elsa.

—Dígame, Rudy.

—Usted conoce a Wack, pero ¿la ha reconocido él?

—No estoy segura. Pero, probablemente, se acuerda muy bien del apellido Carmody. Sin embargo, hasta ahora no ha mencionado nada que signifique memoria de mi apellido… y de lo que significa para él.

—Está bien, tenga cuidado y compórtese con toda naturalidad. ¿Lo hará así?

—Se lo prometo, Rudy —contestó Elsa sonriendo.

* * *

Tunstall estaba agazapado tras un arbusto, a cuarenta o cincuenta metros de la casa. La furgoneta dio la vuelta al edificio y se detuvo ante la entrada.

Al se apeó y entró en el edificio. A los pocos momentos, volvió a salir, junto con Wack y Maffovich. Entre los tres llevaban una caja alargada, que colocaron en la parte posterior de la furgoneta.

Aprovechando la oscuridad, Tunstall se deslizó por la ladera, hasta alcanzar las inmediaciones de la valla. La furgoneta llegó casi en el mismo momento. Al se bajó y caminó hasta la puerta.

Tunstall aprovechó la ocasión. Agachado, corrió hacia el vehículo y trepó al techo, sobre el que se aplastó, mientras Al hacía deslizarse la puerta a un lado.

La furgoneta cruzó la valla. Al repitió las mismas operaciones, pero a la inversa. Tunstall observó que actuaba mecánicamente, como ejecutando una lección bien aprendida.

De nuevo se puso en marcha el vehículo. Llegó a la base del cerro, pero, en lugar de seguir la dirección de Slayer County, se metió por un camino lateral, perpendicular a la carretera.

La furgoneta disponía de una baca metálica, nada cómoda, pero que, al menos, permitía a Tunstall agarrarse a sus barras, a fin de mantenerse sobre un vehículo que bailaba demasiado a consecuencia del pésimo estado del pavimento. De repente, vio que la furgoneta se dirigía hacia el Oeste.

El cerro quedaba ahora a su derecha. Tunstall apreció que seguía la ruta que conducía a los pantanos de Wooden Plain.

Un cuarto de hora más tarde, se detuvo en el borde de una explanada, en la que empezaba una ladera muy empinada, de unos cuarenta o cincuenta metros de largo. Al se apeó y, haciendo grandes esfuerzos, consiguió sacar la caja.

El gigante no sospechaba siquiera que había unos ojos que vigilaban la menor de sus acciones. Durante unos minutos, se dedicó a reunir gruesas piedras, que luego fueron a parar al interior de la caja.

«Lastre», pensó Tunstall, estremecido de horror.

Desde arriba pudo ver un bulto alargado, envuelto en el tejido de color oscuro. Tal vez sacos cosidos y empalmados, para que en ellos cupiera el incompleto cadáver de Lucy Ngoro.

Al terminar, Al cerró la tapa. Había llevado consigo clavos y un martillo, con los que claveteó la tapa. La caja había sido situada previamente junto al borde de la explanada.

A continuación, Al empujó la caja hasta que empezó a deslizarse por la aguda pendiente. Instantes más tarde, Tunstall oyó un chapoteo inconfundible.

Seguramente, la caja tenía varios agujeros, por los que penetraría el agua, haciéndola sumergirse a una profundidad segura para los autores de la muerte de Lucy. Aquellos mefíticos pantanos no eran frecuentados por los cazadores, con lo que los criminales tenían asegurada su impunidad.

—De modo que nos vacían la mente, nos quitan parte del cuerpo… y luego nos tiran al pantano —se dijo, mientras la furgoneta daba la vuelta.

Media hora más tarde, llegaron ante la valla. Tunstall aprovechó la ocasión del cruce, antes de que la furgoneta adquiriese más velocidad, para deslizarse hacia atrás y correr a esconderse tras unos arbustos.

Respiró satisfecho. Al no se había dado cuenta de que todas sus maniobras habían sido espiadas puntualmente.

* * *

—Hable con Elsa. Nos conviene.

Della miró inquisitivamente a su interlocutor.

—¿Por qué, Rudy?

—Resulta que ella conoce a Wack.

—Sorprendente —calificó la muchacha.

—Wack fue expulsado de la Asociación Médica, por práctica ilegal de la medicina. Elsa no ha querido decirme los motivos de esa expulsión. Sólo dijo que eran repugnantes y desagradables.

—Entiendo. Cosas de mujeres, ¿no?

—Así lo creo yo. Elsa es, por una parte, bastante tímida, pero enérgica en el fondo. Quería marcharse; conseguí disuadirla de que no lo hiciera.

—¿Cree que le conviene seguir aquí?

—Mientras no dé a sospechar que recela algo, sí, como nosotros —respondió Tunstall—. Pero debemos actuar con gran prudencia, a fin de evitarnos el desastroso fin de Jenny y Lucy y quién sabe cuántas más víctimas antes que esas pobres chicas.

Della se estremeció.

—¿Usted cree? —preguntó.

—No me extrañaría en absoluto, Della.

—Rudy, ¿qué horribles experimentos hace el doctor Wack?

—Trata de construir o de fabricar, tanto da, una nueva mujer.

Della abrió la boca, estupefacta.

—¿Una nueva mujer? —preguntó.

—Sí. No sé cómo, pero eso es lo que trata de conseguir.

—¿Quién se lo ha dicho, Rudy?

Tunstall sonrió.

—Por ahora, es un secreto —contestó—. Della, trate de hablar con Elsa. Mientras, yo haré otra

cosa.

—¿Puedo saber qué es?

—Sí. Sencillamente, evitar que nos roben más fechas del calendario —contestó el joven con rotundo acento.

CAPÍTULO IX

El vestíbulo estaba desierto pasada la medianoche.

Tunstall se asomó a lo alto de la escalera y escuchó atentamente. No se percibía el menor sonido.

Lentamente, bajó al vestíbulo y se dirigió hacia la puerta que conducía al cuarto de retiro.

Abrió lentamente. Cerró a continuación e iluminó el cubículo con la lámpara de Della, que todavía conservaba.

Se acercó a la otra puerta. Como había calculado, estaba cerrada.

Pero era un cierre de simple pestillo, lo había notado en su primer retiro, cuando la puerta se cerró al golpe por el otro lado.

Ya iba preparado para solucionar el problema. En una incursión a la cocina había conseguido una lata vacía y una tijera de cortar pescado. Con ésta había recortado tres o cuatro tiras de anchos diferentes, reforzándolas mediante una simple doblez a lo largo. Uno de los hierros de la chimenea le había servido para dejar las tiras bien aplastadas, sin rebordes perniciosos.

Después de un pequeño examen, eligió la tira apropiada y la introdujo en la ranura que había entre la puerta y el marco. Tras unos leves forcejeos, consiguió echar el pestillo hacia atrás.

El paso estaba libre. Cerró con cuidado, pero puso una tira entre el pestillo y el hueco en que entraba, con objeto de no quedar atrapado en el interior del cuarto.

Una vez seguro, levantó la linterna y empezó a sondear el techo con el haz de rayos luminosos.

Cinco minutos después, descubrió un orificio de apenas dos milímetros de diámetro, difícil de encontrar si no se conocía su existencia previa. Ya iba prevenido contra una eventualidad semejante.

Elsa mascaba chicle en algunas ocasiones y le había prestado un par de pastillas. Tunstall colocó la mesa bajo el agujero, trepó por la silla y tapó el agujero con un trozo de masilla que elaboraba desde hacía rato con los dientes.

Procuró que no quedase señal, introduciendo dentro del agujero la máxima cantidad posible. Al terminar, quitó el sobrante con una cuchilla de afeitar y luego saltó al suelo.

Salió del cuarto y cerró en silencio. Antes de llegar al vestíbulo oteó el panorama.

No había nadie a la vista. En medio de todo, Wack y su esbirro se portaban con cierta ingenuidad, confiando en la ignorancia de sus huéspedes. Pisando de puntillas, volvió a su cuarto.

Della y Elsa aguardaban impacientes. Tunstall sacó un pañuelo y se limpió el sudor de la cara.

—Abajo no hay peligro —dijo.

—Yo he encontrado el agujero por donde entra el gas en mi dormitorio —manifestó Della.

—Y yo también —dijo Elsa.

—Los taparemos ahora —contestó Tunstall—. Elsa, ha sido una suerte que le gustase el chicle.

—Mastico una tableta cuando me siento nerviosa —explicó la aludida.

Una hora más tarde, tres orificios quedaban convenientemente taponados en otros tantos dormitorios. Al terminar, conferenciaron.

—Bien, ¿qué haremos ahora cuando nos toque el turno de retiro? —preguntó Della.

—Nada —respondió Tunstall—. Simplemente, portarnos con absoluta naturalidad.

—Pero nos han sacado sangre…

—Si ven que estamos dormidos y que despertamos cuando entren en el dormitorio, se retirarán pidiendo excusas, pero muy desconcertados por el fallo del gas narcótico. Pero de ninguna manera debemos permitir que nos extraigan una gota más de sangre.

—Quien peor lo pasará será al que le toque en el cuarto de retiro —dijo Elsa—. Y, por lo que sé, a mí me corresponde ir en primer lugar.

—Vaya tranquila y no tema. Si le van a sacar sangre, será por la noche y yo vigilaré —dijo Tunstall.

Elsa suspiró.

—Cada vez tengo más miedo —murmuró.

—Marcharse de aquí no es fácil, ni aunque lo dijéramos los tres al mismo tiempo. Probablemente, fingirían acceder y luego nos asesinarían solapadamente. Es preferible mantener la actual situación, simulando que no sabemos nada, pero siempre vigilantes. Creo que es el mejor modo de salir adelante de este antro infernal.

Eran unas palabras muy sensatas, reconocieron las dos mujeres. Terminada la conferencia, Elsa volvió a su dormitorio.

Tunstall se rezagó deliberadamente.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó.

—Wack practicó una operación ilegal a su hermana hace algunos años —respondió Della—. La hermana de Elsa murió y se produjo un gran escándalo. Por eso lo expulsaron de la Asociación.

Tunstall frunció el ceño.

—Parece extraño —dijo—. Un científico de tanto relieve, dedicarse a una cosa que, aparte de la falta de moral y de la ilegalidad que representa, puede decirse que es asunto más bien de curanderos sin escrúpulos.

Della se encogió de hombros.

—Eso es todo lo que sé —respondió—. Elsa no ha querido ser más explícita.

—Yo la interrogaré más a fondo, pero en otro momento, claro. Buenas noches, Della.

* * *

—Mañana le corresponde a usted el turno de retiro, señorita Carmody —anunció Lya, al servir la cena.

—Está bien, señora Dugan —contestó la aludida.

Lya continuó sirviendo.

—Señorita Carmody, su nombre me suena —dijo de pronto.

—¿Sí?

Tunstall y Della contemplaron a Lya con atención.

—Lo oí hace años, aunque no recuerdo dónde ni con qué motivo —añadió Lya.

—Debió de ser cuando me pusieron de largo —manifestó Elsa—. Fue una fiesta muy brillante y las fotografías tomadas aparecieron en las revista de sociedad.

—Sí, eso debe de ser —dijo Lya con naturalidad.

Y se retiró.

—¿Es cierto lo de la puesta de largo? —preguntó Della, curiosa.

—En efecto, pero no fue aquí, sino en París, en el baile anual de las debutantes, en el año sesenta y cinco.

Della silbó.

—¡Caramba! Tu familia debía de tener el dinero a montones —exclamó.

—No vivíamos mal —admitió Elsa con modestia.

Tunstall se rascó la mejilla con el pulgar. La presencia de Elsa se compaginaba mal con sus declaraciones acerca de la fortuna de su familia.

Pasada la medianoche, llamó a la puerta de Lya.

—Esta noche no me emborracharé —dijo el ama de llaves sonriendo.

—Una copa y basta —propuso él.

—De acuerdo.

Lya llenó las copas. Tunstall contempló la suya al trasluz.

—¿Es cierto que conocías a Elsa Carmody? —preguntó de repente.

—No. Sólo dije que su apellido me sonaba. A ella no la había visto hasta que llegó a Black Ridge.

—Lo leíste en las revistas de sociedad.

—Tonterías, Rudy. El apellido Carmody sonó mucho y no precisamente por cosas honestas. Murió una tal Ann Carmody y se demostró que había sido a consecuencia de una operación criminal. Dado que la familia era muy conocida, puedes imaginarte fácilmente el escándalo que se organizó.

—Sí, me lo imagino. ¿Qué dice el… autor de la operación?

—No se lo he preguntado —respondió—. Soy su asalariada y me paga demasiado bien, para que me meta en averiguaciones que podrían costarme el empleo.

—Un proceder muy sensato —aprobó Tunstall—. Pero aquí ocurren cosas mucho más graves que lo que le sucedió a Ann Carmody.

—Yo no tengo nada que ver con eso, Rudy —contestó Lya, con los labios muy juntos.

—¿Seguro?

—¿Por qué me lo preguntas? Ya conoces mi puesto en la casa, ¿no? Soy absolutamente ajena a los experimentos del profesor.

—Pero si conoces lo que sucede, un día podrías ser acusada de complicidad.

Lya empezó a ponerse nerviosa.

—Rudy, no has venido aquí para hablar de esos asuntos —dijo.

—¿Dónde está el interruptor que electrifica la valla?

—En el laboratorio psicológico. Pero yo no lo manejo nunca.

—¿Ni sales de Black Ridge?

—Hace algunos meses que no me muevo de aquí. El profesor me dijo que sería cosa de tres o cuatro años como máximo. Estoy ahorrando, compréndelo.

—¿Cuánto te paga, Lya?

—Seiscientos, comida y alojamiento. Llevo ya dos años…

—Lo que significa que, salvo algún gastillo insignificante, llevas ahorrados ya catorce mil dólares.

—Más o menos.

—¿Vas a la compra?

—No; Al se ocupa de ello.

—¿Cuánto tiempo lleva Al con el profesor?

—Ocho o diez meses. Antes era Maffovich el que traía los víveres, aunque yo fui en algunas ocasiones. Pero no he vuelto a ocuparme de la compra, sólo hago la nota de lo que se precisa y Al lo trae.

—¿De dónde vino Al?

—No lo sé, nunca se lo he preguntado. Wack me advirtió de que no hiciese nunca preguntas.

—¿Ni siquiera cuando a los huéspedes les quitan un par de fechas de su existencia?

—Una vez se lo hice ver y me contestó que formaba parte de sus experimentos psicológicos —respondió.

—Comprendo.

Tunstall apuró el contenido de su vaso.

—Un *whisky* muy bueno —elogió.

—¿Te vas? —preguntó Lya.

—Estoy cansado.

Ella le puso las manos sobre los hombros.

—Quédate un poco más —rogó cálidamente.

Tunstall la besó en una mejilla.

—Estoy cansado —repitió.

Lya trató de ocultar la decepción que sentía. Con un suspiro de envidia, contempló las anchas espaldas del hombre que abandonaba su dormitorio.

Había algunos años de diferencia, se dijo, pero, con un poco de astucia, conseguiría atraerlo para sí definitivamente.

CAPÍTULO X

El silencio era absoluto en el edificio.

Tunstall salió del dormitorio y descendió al vestíbulo, que cruzó de puntillas, para ir a la biblioteca.

Desde allí, con la puerta entreabierta, podía ver la del cuarto de retiro, en que Elsa había entrado antes de amanecer. Al fin de hacer la espera más cómoda, tomó una silla y se sentó, con la nariz pegada al borde de la puerta.

Las campanadas de las doce sonaron en el carillón. El último eco se disipó lentamente, como filtrándose en sucesivas notas por todos los muros del edificio.

Pasaron algunos minutos. De pronto, sonaron unos pasos.

El profesor y Maffovich aparecieron en lo alto de la escalera y descendieron sin prisas. Al llegar al vestíbulo, se dirigieron hacia la puerta exterior del cuarto de retiro.

De pronto, Maffovich se dio una palmada en la frente.

—He olvidado… —pero Tunstall no pudo entender el resto de la frase.

—Tráigalo, pronto —pidió Wack.

—Sí, profesor.

Casi corriendo, Maffovich se dirigió hacia la puerta del laboratorio psicológico. Mientras, Tunstall seguía vigilando la otra puerta, que ya se había abierto.

Repentinamente, se oyó un estridente chillido.

Tunstall sonrió. Elsa desempeñaba su papel a la perfección, tal como él le había indicado.

Elsa volvió a gritar, con toda la fuerza de sus pulmones. Entre grito y grito, Tunstall podía oír las frases de disculpa del profesor a quien se imaginó lleno de desconcierto.

—No. señorita… Dispense, no es lo que usted se cree… Le ruego me perdone… Sólo me guía el interés científico… Siga tranquila, por favor, siga tranquila…

Maffovich salía del laboratorio a la carrera. Wack apareció en el vestíbulo, cerró la puerta y se apoyó en ella, a la vez que sacaba un pañuelo para secarse el sudor que cubría su frente.

—No lo comprendo —dijo—. Tenía que estar dormida como un tronco. Encendí la luz, despertó y se puso a gritar como una poseída…

—Pero ¿hizo funcionar el mecanismo que inyecta el gas?

—Claro, hombre —rezongó Wack—. ¿Hubiéramos bajado si no lo hubiese hecho así?

Maffovich se mordió los labios.

—Tendré que revisar el mecanismo —dijo.

—Bueno, hoy ya no podemos hacer nada. Vámonos.

El tono de Wack era evidentemente de mal humor. Los dos hombres dieron media vuelta y se encaminaron hacia el piso superior, en cuyo corredor desaparecieron a los pocos momentos.

Sonriendo para sí, Tunstall dejó pasar todavía un buen rato en el mismo sitio. Cuando estuvo seguro de que no sería sorprendido, abandonó su escondite.

Momentos más tarde, abría la segunda puerta del cuarto de retiro.

—Elsa —llamó.

La joven le miró desde la cama.

—¿Rudy?
—Sí. ¿Cómo se encuentra?
—Nerviosa, pero bien. ¿Qué tal lo he hecho?
—Estupendamente. Wack se ha llevado un susto mayúsculo.
—Eso era lo que pretendíamos, ¿no?
—Más bien, desconcertarles —sonrió Tunstall—. Pero lo ha hecho magníficamente, repito.
—Me preocupa una cosa, Rudy —dijo ella.
—¿Sí, Elsa?
—¿Qué pasará si vienen mañana a destaponar el agujero?
—No lo creo, porque tendrían que subirse a la mesa y examinar el techo delante de usted. Y si la mandan salir, el experimento se ha interrumpido. Más bien creo que la tendrán un par de días más aquí y luego le ordenarán hacer vida normal. Entonces, sin testigos, será cuando revisen el techo.
—Parece lógico —admitió Elsa.
—Y el que baje aquí en el próximo turno, ya se ocupará de tapar el agujero, apenas se quede solo.
—Sí, desde luego.
—Bien, no quiero entretenerme más. Tranquila, Elsa.
—Gracias, Rudy.
Tunstall abandonó la estancia. Al llegar al vestíbulo, se detuvo como acometido por una repentina inspiración.
Sus ojos se volvieron hacia el laboratorio psicológico. Maffovich había salido a todo correr al oír los gritos. Pero no había vuelto a cerrar la puerta.
Una leve sonrisa apareció en los labios del joven. Valía hacer la prueba, se dijo.
Antes de acostarse, el calendario del laboratorio había recobrado su fecha autentica.

* * *

—A mí me gustaría saber por qué hace esto el profesor —dijo Della.
—Bueno, es un científico…
—De eso, no cabe la menor duda, Rudy. Pero ¿con qué objeto hace sus experimentos?
—Interés de la ciencia, Della.
—¿Sólo eso exclusivamente?
—¿Qué quiere decir?
Estaban sentados en la hierba, a unos doscientos pasos de la casa y a la vista de la valla electrificada. Soplaba una leve brisa y el cielo estaba despejado, con algunas pequeñas nubes de un blanco resplandeciente.
—Quiero decir, simplemente, si Wack no busca un beneficio económico posterior. Que yo sepa, todos los inventores han trabajado por amor a la ciencia, pero llegada la hora de explotar las patentes de sus inventos, esto es, de recoger el fruto de su trabajo, no han vuelto la espalda al maná de oro que caía en el saco que sostenían abierto con las dos manos.

Tunstall se echó a reír al escuchar aquella tan gráfica descripción de la muchacha.

—Muchos han invertido el dinero ganado en financiar nuevos experimentos —dijo.

—Pero si eran pobres, han procurado disfrutar enseguida del lujo y de las comodidades que el dinero podía proporcionarles. No sé de ninguno que haya vuelto la espalda al dinero, por más que el interés científico, en principio, haya sido el motor de sus acciones.

—Usted trata de decirme que Wack quiere ganar dinero.

—Y recuperar lo que haya podido invertir aquí.

Tunstall miró a su alrededor. Los gastos de instalación de la casa y el laboratorio, así como el montaje de la valla electrificada, debían de haber sido muy elevados.

Y era preciso añadir el mantenimiento y el abono de salarios, que aun no siendo una cosa del otro mundo, por acumulación constituían un capítulo bastante elevado.

—¿No me dice nada? —preguntó Della, extrañada por el silencio del joven.

—Haré averiguaciones —prometió Tunstall.

—¿Cómo, Rudy?

—Metiendo la nariz por todas partes.

Tunstall no quería decir que su principal fuente de información podía ser el ama de llaves. Lya llevaba en Black Ridge más de dos años y en ese tiempo, aun comportándose con la máxima discreción, no podía por menos de haberse enterado de muchas cosas.

—Ah —exclamó de pronto—, tengo que darle un consejo, Della.

—Dígame, Rudy.

—Cada noche, antes de dormirse, mire el techo. Si ve el agujero de nuevo, avíseme.

—Entendido.

Más tarde, regresaron a la casa y se separaron. Tunstall se encontró con Lya.

—¿Dónde está Al? —preguntó.

—En su alojamiento, supongo, al otro lado, en la trasera.

—Gracias, Lya.

—¿Vas a verle?

—Sí. Tengo que pedirle que haga una cosa en mi habitación. Hasta luego.

Ella le dirigió una sonrisa incitante.

—Tengo más *whisky* en mi habitación —dijo en voz baja.

Tunstall contestó con un guiño. Ella volvió a la cocina y Tunstall se dirigió de nuevo hacia la salida.

De pronto, oyó voces en el laboratorio.

Wack y Maffovich parecían discutir y no precisamente en tono amistoso. El primero acusaba a su secretario de haber tocado un aparato cuyo nombre no pudo entender Tunstall. Maffovich se defendía, diciendo que era inocente de aquella alteración.

Tunstall se acercó al laboratorio. La puerta no estaba cerrada del todo y terminó de abrirla.

—¿Puedo ser útil en algo? —preguntó, solícito.

Wack y su secretario se volvieron al mismo tiempo. El profesor estaba en pie, sobre un taburete, con las manos en el calendario.

—No es nada de particular, muchas gracias, amigo Tunstall —contestó Wack amablemente.

—Aquí me sobra tiempo. Si me necesita, ya sabe, mándeme sin escrúpulos.

—Gracias otra vez. Pero ya nos podemos arreglar nosotros solos.

—Como quiera, profesor. Señor Maffovich…

El joven dio media vuelta. Detrás de él, oyó la colérica voz de Wack:

—Estúpido, cierre la puerta —apostrofó a Maffovich.

Tunstall empezó a silbar una alegre cancioncilla. Así llegó a la puerta, salió y dio la vuelta al edificio.

Adosado a la parte posterior, había un cobertizo, en el que se guardaban un automóvil de tipo corriente y la furgoneta. El cobertizo se prolongaba en una especie de habitáculo, con una puerta y una ventana acristalada.

Tunstall miró a través de la ventana. Sí, Al estaba allí.

Fue a tocar con los nudillos en los vidrios, pero, de repente, le chocó la posición en que se hallaba el criado gigantesco.

Al yacía en un camastro, boca arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho. Tunstall recibió una fortísima impresión.

—Diríase que está muerto —murmuró.

Lleno de curiosidad, dio la vuelta a la esquina y abrió la puerta. Se acercó a la cama, inclinándose sobre Al, y rozó una de sus mejillas.

Estaba fría como el hielo. Sin embargo, el pecho de Al subía y bajaba acompasadamente, con un ritmo de respiración completamente regular.

De pronto, se dio cuenta de que Al tenía un ojo abierto. Sólo un ojo, cuya pupila le miraba con fijeza casi hipnótica.

Tunstall sintió un escalofrío de horror. Al cabo de unos segundos, el párpado se bajó y volvió a cubrir el globo ocular.

Lentamente, sin hacer el menor ruido, Tunstall abandonó la estancia y salió al exterior. Respiró con fuerza, enviando a los pulmones chorros de aire puro y embalsamado por los pinos cercanos. Aquel olor que se desprendía del cuerpo de Al…

Era un olor no muy acentuado, sólo perceptible por hallarse cerrada la estancia, pero era un olor inconfundible: olor a carne muerta.

CAPÍTULO XI

—Pero está vivo —dijo Lya.

—¿Seguro? —preguntó Tunstall.

—Hombre, yo misma le hago la comida.

—¿Le ves comer?

Lya se quedó parada.

—No, eso no —contestó—. Siempre se lleva su ración en una bandeja, que me devuelve luego, cuando ha terminado. Y él es quien se ocupa de la limpieza de los platos.

—Eso significa que come en su habitación.

—Hombre, claro… Pero ¿por qué tantas preguntas, Rudy? —se extrañó el ama de llaves.

—Curiosidad, Lya. Desde que llegué aquí, no hago más que formularme preguntas, la mayoría de las cuales no tienen respuesta. ¿De dónde saca Wack el dinero?

Ella se encogió de hombros.

—Yo qué sé —respondió—. En este asunto, soy neutral. Y no veo que nos hayan suprimido los suministros por falta de pago. Aquí no falta de nada, tú mismo lo has visto, Rudy.

—Sí, es cierto… pero ahora me preocupa Al.

—Tiene un olor corporal no muy agradable, es preciso admitirlo, pero no estamos mucho tiempo juntos. Y, por supuesto, ni siquiera se me ha ocurrido la idea de abrazarle… como a ti.

Los mórbidos brazos de Lya se enroscaron en torno al cuello del joven, pero Tunstall estaba demasiado preocupado para reparar en las carantoñas que le hacía ella.

—Tengo que averiguarlo —dijo obsesivamente.

—¿Averiguar, qué, Rudy?

—Si Al está vivo o muerto.

—Yo estoy viva y bien viva…

—Escucha, Lya, ¿a qué hora desayuna Al?

—A las ocho, más o menos. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Le pones mucho desayuno?

—Hombre, imagínate; con el volumen que tiene…

—Gracias. Mañana estaré yo para ver si come o no come lo que tú le preparas.

—Pero ¿qué tonterías dices? Claro que se lo come… Rudy, querido, olvida ahora a ese estúpido. ¿No me tienes a mí a tu lado? Me parece que no huelo a muerto precisamente ni mi piel está fría…

Tunstall sonrió. Sí, los brazos de Lya y sus ardientes labios podían ser un buen remedio para olvidar durante unos momentos las preocupaciones que embargaban su mente.

* * *

Della le sorprendió al día siguiente cuando se disponía a salir de la casa.

—¿Adónde va, Rudy?

Tunstall se volvió.

—Quiero comprobar una cosa —dijo.

—¿Tan temprano?

—Sí.

Della le miró y vio en su rostro inequívocas señales de preocupación. Un súbito impulso la hizo reunirse con el joven.

—No sé adónde va, pero iré con usted —dijo.

—Está bien —accedió él—. Acompáñeme, tal vez vea algo interesante.

Salieron de la casa y dieron la vuelta a las dos esquinas sucesivas. Tunstall se asomó a la segunda. El cobertizo parecía desierto.

Avanzaron paso a paso, en medio de un silencio absoluto. De pronto, oyeron unas fuertes pisadas en las inmediaciones.

Tunstall actuó rápidamente. Agarró a Della por un brazo y tiró hacia sí, para esconderse ambos tras la furgoneta. Casi en el mismo momento, surgió Al por la otra esquina, portador de una gran bandeja, repleta de alimentos.

Al entró en su alojamiento. Tunstall y Della se incorporaron y se acercaron a la casa.

Al llegar a la ventana, miraron por encima del borde. Al estaba haciendo algo verdaderamente extraño.

El contenido de los platos iba a parar a un cubo de metal, en cuyo interior había un saco de plástico. Tunstall pudo apreciar que el gigante no había probado siquiera una galleta del desayuno.

Della tenía los ojos desorbitados. Al terminó de vaciar los platos y entonces miró hacia la ventana.

Hubo una chispa de cólera en sus ojos.

—Nos ha visto —exclamó la muchacha.

—Déjeme a mí —pidió Tunstall.

Con un gesto lleno de furia, Al tiró la bandeja y los platos a un lado y salió de la caseta.

—¿Qué hacen aquí? —gritó.

Las palabras resultaban casi ininteligibles. Parecía que Al sintiese dificultades en hablar.

—¿Cómo dice? —preguntó Tunstall, procurando mantener su serenidad—. Hable más claro, no le entiendo bien.

—*Dihgor queuv hahzenrr aqueei…*

Della se quedó aterrada. La incapacidad de emitir sonidos de Al era notoria.

—Como no hable más claro… —dijo Tunstall con sorna.

—*Sonb justdedezs muohy… courriozzsosss…*

—Vamos, vamos, Al, a usted le pasa algo. —Tunstall sonrió amistosamente—. Le acompañaré al profesor; él le dará una medicina que le curará en unos minutos.

Y se acercó al gigante, con talante conciliador, pero de repente, Al levantó el brazo y lo movió horizontalmente.

Tunstall fue veloz en su reacción y se agachó velozmente, eludiendo así un golpe que, dadas las dimensiones del brazo y su potencia física, podía haber tenido consecuencias funestas para él. Pero al esquivar el golpe, trastabilló ligeramente, perdiendo el equilibrio en parte.

Se incorporó. Alargó las manos y agarró el brazo de Al. Era grueso y aparentemente, de poderosa musculatura, pero la carne era extrañamente blanda, casi fofa.

Al sacudió el brazo. Tunstall quería evitar otro golpe y pegó un fuerte tirón, al mismo tiempo que Al daba un paso hacia atrás.

Se oyó un horrible crujido. Tunstall se tambaleó, retrocediendo dos o tres pasos, con algo en las manos.

Della emitió un horripilante alarido. Tunstall contempló, espeluznado, el brazo que tenía en las manos, arrancado a ras del hombro.

Pero lo más espantoso de todo era que no brotaba una sola gota de sangre de aquel miembro tan inesperadamente separado del cuerpo. Como si fuese un reptil venenoso, Tunstall sacudió las manos y arrojó el brazo a un lado.

Al permanecía silencioso, sin dar a entender ningún dolor, ni psíquico ni físico, como parecía lógico en un hombre que acababa de perder el brazo derecho. Della se apartó a un lado, sintiendo unas náuseas espantosas.

Al atacó de nuevo. Esta vez, con el brazo izquierdo.

Tunstall esquivó el golpe y agarró la helada mano de su antagonista. Al tiró hacia sí, como si quisiera soltarse… ¡y se soltó, pero dejando el brazo izquierdo en poder de su contrincante!

Della se esforzó por mirar. Era horrible ver a aquel gigante, todavía en pie, con las mangas de su chaqueta vacías, caídas a lo largo de los costados.

De repente. Al dio media vuelta y se dirigió a la casa, por el mismo camino.

—Sigámosle —propuso Tunstall.

Della se tambaleó.

Tunstall la agarró por la cintura. Corrieron hacia la esquina y, al doblarla, vieron a Al parado ante la puerta posterior de la cocina.

Gritos inarticulados brotaban de la garganta del gigante mutilado. Ya había perdido por completo la facultad de emitir sonidos inteligibles; lo que ahora se oía era una especie de rugido de fiera, que no tenía parecido alguno con ningún sonido de los que conocían ambos jóvenes.

Por lo visto, Lya no se hallaba en aquel momento en la cocina, porque no abría la puerta. Tunstall entendió que en la mente de Al quedaba todavía la suficiente claridad para darse cuenta de que no podía abrir sin el concurso de sus manos.

De repente, Al bajó la cabeza y golpeó la puerta con todas sus fuerzas. Los golpes resonaron estridentemente, mezclados con los inhumanos rugidos que salían de su garganta.

La puerta se abrió y Lya apareció en el umbral.

—¡Al! No me molestes ahora —exclamó la mujer—. ¿Es que no puedes abrir tú mismo?

Al dijo algo que no se entendía. Luego volvió a mover la cabeza.

Lya le rechazó violentamente con ambas manos. Al retrocedió, tambaleándose. De pronto, la cabeza se separó de los hombros y, dando vueltas en el aire, cayó al suelo y rodó a unos pasos más allá.

Un terrible alarido brotó de los labios del ama de llaves. El espectáculo era tanto más horrible cuanto que, en contra de la lógica. Al, sin cabeza ni brazos, continuaba todavía en pie.

De pronto, dio media vuelta y echó a andar.

Della no lo pudo resistir y se desmayó. Lya echó a correr al interior de la casa, lanzando agudos gritos de terror.

Tunstall sentía vértigos. Era una escena increíble: un cuerpo humano, sin cabeza ni brazos, moviéndose con pasos aparentemente normales.

Los gritos atrajeron a los restantes habitantes de la casa. Elsa contempló la escena un instante, pegó un chillido estremecedor y, dando media vuelta, empezó a correr enloquecida, en busca de refugio.

Wack y Maffovich, atraídos por el estrépito, salieron también. El profesor vio a Al y emitió un sordo juramento.

En aquel momento, Al se detuvo en seco. Permaneció un instante en pie y luego, lentamente, se inclinó hacia delante, chocó contra la tierra y se quedó completamente inmóvil.

CAPÍTULO XII

Tunstall dejó sobre un sillón del vestíbulo el inanimado cuerpo de Della y corrió a la cocina en busca de algo para reanimarla.

Abrió un par de alacenas. En una de ellas vio una botella de *brandy*. Puso unas gotas en un vaso de agua y mojó un trapo. Con ambas cosas, regresó al vestíbulo.

Los remedios actuaron eficazmente. Della empezó a recobrar el sentido, justo cuando el profesor y Maffovich entraban de nuevo en la casa.

Tunstall se irguió.

—Profesor.

Wack se detuvo en seco.

—Dígame, Rudy.

—Necesitamos explicaciones. Queremos saber qué ha sucedido aquí —exclamó el joven.

Maffovich dio un paso hacia delante.

—Usted ha violado las reglas…

—¡Cállese! —Le interrumpió Tunstall con vehemencia—. Estaba hablando con el profesor, no con usted.

Wack extendió una mano.

—Déjelo, Ivan —dijo—. Puede seguir, Rudy.

—Ya le he dicho lo que quiero… lo que queremos —se corrigió Tunstall en el acto—. Necesitamos que nos dé explicaciones de lo que sucede aquí. Estamos dispuestos a colaborar con usted en bien de la ciencia, pero no a convertirnos en cómplices de ningún crimen. El hecho de que nos pague un sueldo, no le autoriza a utilizarnos de un modo absoluto, como si fuésemos sus esclavos… o unos cuantos kilos de carne comprada en el mercado.

—Ahora…

Wack se pasó una mano por la frente. Parecía muy aturdido.

—Ahora no puedo —dijo—. Me siento alterado, incapaz de coordinar. Lo que ha ocurrido me ha trastornado horriblemente. Dispénsenme, se lo ruego.

Giró un cuarto a su izquierda y se dispuso a marcharse hacia su laboratorio, pero Tunstall lo agarró por un brazo.

—No, usted no se irá sin antes…

Elsa le tocó en el hombro.

—Déjelo, ahora no se encuentra bien —rogó.

Tunstall se mordió los labios.

—De acuerdo. Profesor, cuando se haya recobrado, nos explicará todo lo que pasa. Y lo que ha pasado también.

Wack hizo un torpe signo de aquiescencia y se marchó. Maffovich, altanero, se plantó delante del joven.

—Su comportamiento es inadmisible, Tunstall —dijo.

—*Señor Tunstall* —puntualizó el joven belicosamente—. Y respecto a mí comportamiento, usted no puede tener queja alguna, por cuanto he actuado en todo momento con arreglo a las

instrucciones que se me dieron en un principio. Al me atacó, yo tenía que defenderme. ¿O pensaba que iba a quedarme cruzado de brazos, mientras él me hacía trizas?

—Hablaremos en mejor ocasión —se despidió el secretario con sequedad.

Della daba señales de vida. Tunstall le hizo beber el agua con *brandy* y la muchacha abrió los ojos.

—La llevaré a su habitación —indicó.

Ella asintió débilmente. Ayudada por Tunstall, se puso en pie y se apoyó en su brazo. El joven se volvió hacia Elsa.

—Será mejor que la acompañe durante un rato —solicitó.

—Por supuesto —accedió Elsa.

Tunstall se separó de las mujeres poco después. A continuación, bajó a la cocina.

Lya estaba sentada ante una mesa, sobre la que tenía apoyados los codos. Su cara estaba hundida entre las manos.

—Lya, quiero hablar contigo —dijo Tunstall.

* * *

Había un hornillo encendido y Tunstall puso encima una cafetera con agua. Lya pareció reaccionar.

—Horrible… ha sido horrible… —dijo con voz entrecortada.

—¿Sabías que Al no comía nunca y que arrojaba su comida a un saco que luego, sin duda, tiraría en algún sitio donde no se pudiera encontrar?

—No, no lo sabía —respondió ella—. Siempre se llevaba la comida; una o dos veces le dije que aquí lo haría con más comodidad, pero él se negó en todas las ocasiones. Era muy retraído, hablaba poco y sólo si se le preguntaba o se le ordenaba algo.

—Pero casi nunca hablaba por iniciativa propia.

—Ésa es la verdad, Rudy.

—¿No te extrañó que Al quisiera comer siempre en su alojamiento?

—Me pareció un comportamiento un tanto extraño, pero ¿no era Al ya un tipo raro por sí mismo?

—Es cierto —convino Tunstall—. ¿Te has dado cuenta qué clase de ser era?

—Debía de padecer alguna enfermedad…

—Y se pudría en vida. Olía a muerto, aun cuando estaba vivo y andaba y contestaba a las preguntas que se le hacían y obedecía las órdenes que se le daban.

—Yo no había reparado en ello… pero todavía lo recuerdo, sin cabeza y sin brazos, andando, andando…

Lya se tapó la cara nuevamente. El agua de la cafetera ya hervía y Tunstall preparó el café. Al cabo de unos momentos, Tunstall puso una taza delante de la mujer.

—Bebe —dijo suavemente.

La infusión pareció mejorar algo a Lya. Al terminar, dijo:

—Hoy mismo me despediré del profesor. No puedo seguir en esta casa ni un solo minuto más.

—¿Crees que te dejará marchar, Lya?

—¿Por qué no? Soy libre…

Tunstall sonrió.

—Lo que acabas de decir no es más que una frase sin valor —manifestó—. Es casi seguro que ninguno de los que estamos aquí podremos salir ya.

—¿Quiere significar eso que vamos a permanecer toda la vida en Black Ridge? —Se aterró.

—No, si yo puedo evitarlo, pero para ello necesito que me ayuden.

—Haré lo que me digas —contestó Lya con vehemencia.

—Muy bien. Si ahora fueses a ver a Wack y le pidieses abiertamente permiso para abandonar la casa, te lo negaría con un pretexto u otro, o tal vez empleando la violencia. En lugar de ello, recurriremos a la astucia.

—Sí, Rudy.

—Por ahora, sigue comportándote con toda naturalidad. Si el profesor te pregunta algo, dile que no sabías nada de mis intenciones, muestra una completa ignorancia, y lo mismo respecto a Maffovich, ¿comprendes?

—Así lo haré, Rudy.

—Yo hablaré luego con él. Es indudable que Wack trataba de hacer algún experimento y que algo no ha salido a su gusto. Ahora bien, como comprenderás, no voy a tolerar que siga haciendo esos experimentos a nuestra costa.

—Pero es que yo no sé qué clase de experimentos hacen; nunca me he ocupado de curiosear, jamás le he hecho una pregunta… Siempre me limité a atender la casa y a los huéspedes…

Tunstall sonrió.

—¿Y qué otra cosa querían de ti el profesor y su secretario? —respondió.

La cafetera seguía al fuego. Tunstall la puso sobre una bandeja, con un par de tazas y el azucarero y se dirigió hacia la puerta.

—A esas dos chicas les vendrá bien un poco de café —se despidió con una sonrisa, a fin de animar a la decaída Lya.

* * *

Sosteniendo la bandeja con una mano, Tunstall usó la otra para llamar a la puerta.

—Della, soy Rudy.

La muchacha abrió rápidamente.

—Le traigo un poco de café —dijo él.

—Elsa no está; ha salido —manifestó Della.

—Lo que significa que se encuentra mejor que usted.

—Sí, se ha recuperado antes que yo —admitió la muchacha.

Tunstall dejó la bandeja sobre una mesa.

—Tómese una taza, le conviene —dijo sonriendo.

—Piensa usted en todo —suspiró ella.

—No hay más remedio. Usted, lo que tiene que hacer es olvidar lo que ha visto.

—¿Cree que va a ser tan fácil? Me parece que tendré pesadillas todas las noches de mi vida. Ese hombre, deshaciéndose a pedazos, caminando sin brazos y sin cabeza…

—¿Estamos seguros de que era un hombre?

Della miró a Tunstall con expresión de asombro.

—No entiendo —dijo—. Era un ser humano, actuaba y se comportaba como una persona normal…

—Salvo que no necesitaba comer. ¿De qué se alimentaba?

Della sintió que un escalofrío corría a todo lo largo de su espalda. —Es verdad —murmuró sordamente—. No tiró a la basura parte del desayuno, sino *todo el desayuno*.

—Y es de presumir que hiciera lo mismo con el resto de las comidas —dijo él—. Por tanto, ¿qué comía?

—Rudy, *nos sacaron sangre*…

Della había elevado la voz inconscientemente. Tunstall agarró uno de sus brazos y la sacudió con fuerza.

—No grite. Contenga sus nervios o nos pasará algo malo —dijo—. Procure tener calma en todo momento.

—Sí, Rudy, dispénseme. No pude contenerme… pensando en que estuvimos dos días inconscientes…

—Yo lo estuve durante cuatro días. Pero ahora nos encontramos perfectamente bien. Y, aunque admito que nos sacaran sangre, no creo que fuese para alimentar a Al. Un tipo como él necesitaba otra clase de alimento, no sé cuál… pero algo más sustancioso y sólido que un litro de sangre.

Della se puso una mano sobre la boca.

—Por favor, Rudy —suplicó.

—Hemos de dejar a un lado las aprensiones y encarar las cosas con realismo, por muy desagradables o repugnantes que nos parezcan. Hablando egoístamente, los experimentos del profesor Wack me importan un rábano, excepto si se trata de quitarme pedazos del cuerpo.

—¿Pedazos del cuerpo?

—Sí, como hicieron con Jenny Mohner y con Lucy Ngoro… y probablemente también con Candy Mac Thurbin. Y quién sabe si otras personas han muerto en Black Ridge, sin que nadie haya vuelto ya a tener más noticias de ellas. No, Della, no estoy dispuesto a que me corten en trozos. Ni consentiré que lo hagan con usted.

Della hizo un gesto de asentimiento.

—La posadera tenía razón —recordó de pronto—. Llamó a esta casa la puerta del infierno y al profesor un demonio.

—Sí, pero tenía razón sin saber qué pasaba aquí, porque es preciso convenir que los experimentos se han realizado con el máximo secreto. Wack vive aislado, sin relación con los vecinos, tenía a su servicio a un hombre reservado y nada hablador, se sabe que es científico y, en estas condiciones, es lógico que una mujer de escasa cultura, como es la posadera, lo califique de demonio. Acierta por instinto, pero no por disponer de pruebas.

—El instinto, en ocasiones, puede suplir a la razón —alegó Della.

—Pero no siempre se puede recurrir al instinto. Al menos, en nuestro caso, o usamos la razón o podemos darnos por perdidos.

—¿Qué piensa hacer, Rudy? —preguntó la joven.

—Voy a tratar de hablar con el profesor. Quiero de una vez llegar al fondo de la verdad y conocer qué se propone con sus experimentos —contestó Tunstall rotundamente.

CAPÍTULO XIII

Wack no estaba en su laboratorio. De Maffovich no había el menor rastro.

La casa parecía desierta. Tunstall buscó a Elsa y no consiguió encontrarla.

Desconcertado, pensó en bajar de nuevo a la habitación subterránea, utilizando el tubo de la chimenea. Había guardado los cordones y ya se disponía a sacarlos, cuando, de pronto, oyó un grito estridente.

A todo correr, abandonó la habitación. Al salir, oyó la voz de Della:

—No, no quiero que toque usted nada en mi dormitorio.

—Pero, señorita, la luz está estropeada…

—La lámpara del techo me importa un pepino, señor Maffovich. Me conformo con las de la cabecera de la cama.

—Bien, a pesar de todo…

—¿Por qué no se ocupa mejor de enterrar al pobre Al?

—¡Della! —exclamó Tunstall, en la puerta.

Maffovich, que sostenía una liviana escalera de tijeras, se volvió.

—Ah, hola, señor Tunstall —dijo, conciliador—. Estoy tratando de convencer a la señorita Della que me deje reparar la lámpara del techo, pero ella, no sé por qué, no quiere.

Tunstall avanzó un par de pasos y puso las manos sobre la escalera.

—Ya lo haré yo —sonrió—. Usted vaya a atender al profesor; puede que lo necesite.

Un relámpago de rabia brilló en los ojos de Maffovich.

—Sólo trataba de ser amable —dijo.

—Discúlpeme —habló Della, tratando de enmendar el error cometido—. Estoy un poco nerviosa; no sabía lo que decía…

—No se preocupe, señorita Daley. Si necesita un calmante, yo puedo proporcionárselo —sugirió Maffovich.

—Más tarde, en todo caso —dijo Tunstall.

Maffovich hizo una inclinación de cabeza y se alejó. Della se precipitó a cerrar la puerta.

—Lo siento, Rudy —dijo contritamente—. No pude contenerme…

Tunstall miró hacia el techo.

—¿Ha comprobado si funciona la lámpara? —preguntó.

—No lo sé; él lo dijo y…

El joven desplegó la escalera. Luego se acercó a la puerta y oprimió el interruptor. La lámpara permaneció apagada.

Tunstall hizo una rápida comprobación. Los cables estaban bien. Debía de ser cosa del interruptor. Pero cerca del gancho del que pendía la lámpara, estaba el orificio por donde había salido el gas narcótico. Tunstall comprobó que seguía taponado y descendió nuevamente.

—Iré a buscar un destornillador; lo necesito para reparar el conmutador —dijo.

—¿Cree que ha sido un pretexto de Maffovich para quitar el tapón del agujero?

—Sin duda alguna —respondió él—. Habrá venido aquí, en un momento en que usted estaba ausente, y habrá estropeado el interruptor…

—Pero pudo venir con la escalera —alegó Della.

—Es un estorbo para moverse con rapidez, aunque pese poco. Ahora hubiese quitado el tapón al agujero y luego habría dicho que la avería no era del cordón. Usted hubiese encontrado natural que se hubiese dedicado a reparar el conmutador.

—Sí, es cierto. Ahora bien, ¿sabía él que el agujero estaba taponado?

—Posiblemente, lo ha presumido.

Della hizo un gesto de escepticismo. Tunstall, cargado con la escalera, se dirigió hacia la puerta.

—Voy a ver si el ama de llaves me presta un destornillador —dijo.

Mientras descendía a la planta, recordó algo que, hasta entonces, no había prestado demasiada atención. Al llegar a la cocina, vio a Lya ocupada con los cacharros.

—Tengo que preguntarte una cosa —dijo.

—¿Sí?

—Arriba, en el ático, hay varias puertas. ¿Qué hay en esos cuartos?

Lya se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —respondió.

—¿Cómo? ¿No has entrado nunca en ninguno de ellos?

Lya se encogió de hombros.

—Estoy aquí para ganar dinero y ahorrar —contestó—. Me fijaron unas reglas y las he cumplido estrictamente hasta ahora. Ya no soy una jovencita, pero aún tardaré en ver las primeras canas. Ésta es una ocasión para retirarme dentro de un par de años, con un buen montón de dinero y montar un negocio, allá en Montana, en el pueblecito donde nací… tal vez un parador junto a la carretera, en una zona muy turística. Bonitos paisajes, muchos turistas, cazadores… Puede ser un buen *modus vivendi*, ¿comprendes?

—Y por eso te has mostrado siempre disciplinada —sonrió Tunstall.

—No he quebrantado jamás ninguna de las normas que me señalaron el primer día. Pensar en mi porvenir, mataba toda la curiosidad que pudiera sentir, ¿comprendes?

—¿De veras no has quebrantado nunca una sola de las normas?

Lya esbozó una sonrisa.

—No me prohibieron recibir a un amigo en mi habitación —contestó.

—Ahora entiendo —dijo él—. Entonces, las llaves…

—Pregúntale a Maffovich, en todo caso.

—Está bien. ¿Tienes un destornillador? —preguntó él de repente.

—¿Vas a forzar las puertas? —Se alarmó Lya.

—No, simplemente voy a arreglar un interruptor de la luz averiado.

* * *

Tunstall hizo una rápida incursión al último piso y encontró que las puertas eran todas del mismo tipo que la del cuarto de retiro. Ya conocía la forma de abrirlas y volvió de nuevo a la planta baja.

Elsa estaba en la biblioteca.
—Hola —sonrió la joven—. ¿Cómo se encuentra Della?
—Mucho mejor. ¿Y tú?
—Ya me voy recuperando. ¿Has hablado con el profesor?
—Todavía no lo he conseguido. Está muy afectado por lo sucedido. Esperaré a que se recobre —contestó Tunstall.
—Me parece muy bien. Ha debido de sufrir un duro golpe al ver morir a su fiel servidor.
—Sí, es lógico.
—Resulta duro ver desaparecer a alguien que ha estado tanto tiempo junto a nosotros… bueno, quiero decir, junto al profesor. Sobre todo, cuando la muerte se produce de una manera tan horrible.
—Me pregunto de qué habrá podido morir el pobre Al.
—Seguramente, padecía alguna enfermedad incurable. —Elsa sonrió—. Ahora se curan casi todas las que antiguamente eran una plaga, pero surgen otras nuevas, para las que no se conoce ningún remedio.
—Sí, eso es verdad. De todas formas, nunca había visto una enfermedad en la que el paciente se deshaga a trozos.
Elsa se encogió de hombros.
—Quizá el profesor aclare tus dudas —contestó.
—Es posible —convino él—. Bien, voy a ver si encuentro algún libro para entretenerme un rato.
Al cabo de unos momentos, se marchó. Volvió a su habitación y se cerró con doble vuelta de llave. Miró al techo y comprobó, satisfecho, que el agujero seguía taponado.
El gas narcótico, se dijo, debía de ser más denso que el aire; de este modo, se explicaba que no hubiese evacuado por las chimeneas de las habitaciones en que dormían las muchachas. Lanzó una mirada hacia la suya y decidió dejar la exploración para más tarde.
Eligió un sillón cómodo y se sentó junto a la ventana. Así pasó el día, interrumpiendo la lectura con frecuencia, tanto para descansar la vista, como para meditar en todas las cosas que habían ocurrido en aquella casa que la señora Rodland había calificado como la puerta del infierno.
Sí, aquella casa era la puerta del infierno y Wack el diablo que montaba guardia ante la entrada.

* * *

Mucho rato después de cenar, Tunstall, cuando se disponía a iniciar su excursión nocturna, oyó unos leves golpes en la puerta del dormitorio.
Era Della.
—Elsa no está en su habitación —dijo la joven en voz baja.
—¿Tiene eso algo de particular? —preguntó él.
—Me alarma. Había ido a pedirle cerillas, ya que las mías se han acabado y, al no

contestarme, entré. La cama está intacta. Temo lo peor, Rudy.

—Quizá ha ido a dar un paseo. La noche, aunque fresca, está agradable.

—Sí, tal vez. Pero… es que después de lo ocurrido, cada vez que sucede cualquier cosa, se me ponen los nervios de punta…

Tunstall sonrió, tratando de calmar a la muchacha.

—Luego volverá Elsa —dijo—. Ahora bien, si quiere cerillas, yo puedo darle.

De pronto, Della reparó en la indumentaria del joven: pullover oscuro, de cuello alto, pantalones también oscuros y zapatos blancos.

—¿Va a salir? —preguntó.

Tunstall asintió en silencio.

—Iré con usted —dijo ella con súbita vehemencia.

—No.

—Iré —insistió la muchacha—. Sabiéndole en su habitación me sentía tranquila en cierto modo. Pero me aterra quedarme sola, sin nadie a quien llamar…

Tunstall sonrió comprensivamente.

—Está bien, pero luego no se queje —dijo.

—¿Quejarme? ¿De qué?

—Quizá veamos cosas más horribles que las que hemos visto esta mañana.

—Bien, pero no será más horrible que quedarme sola. No podría soportarlo, créame.

Tunstall captó la inquietud que atenazaba la mente de la muchacha. Sí, sería mejor llevarla junto a él.

Salieron de la habitación. Tunstall tendió la vista hacia el arranque de la escalera que conducía al piso alto, situada en un fondo penumbroso, casi tétrico.

—Vamos —dijo.

Echaron a andar. Mientras caminaban, Tunstall murmuró:

—Estoy pensando en nuestro porvenir, Della.

—Yo pienso solamente en sobrevivir, Rudy.

—Sí, por descontado. Pero tengo la impresión de que aquí no estaremos mucho más tiempo. Otra vez volveremos a pasar apuros…

—Fuera de este ambiente, el mayor apuro me parecerá algo digno de reír a carcajadas —contestó Della.

CAPÍTULO XIV

Tunstall abrió la primera puerta.

Era un cuarto corriente, sin nada de particular, que quedó explorado en pocos minutos. Lo abandonaron enseguida y pasaron al siguiente.

El segundo cuarto era muy parecido al primero, con una diferencia: había otra puerta en el interior, situada casi al fondo, en la pared de la izquierda.

Tunstall se acercó a la puerta y la estudió unos instantes a la luz de la linterna de Della. Hizo girar el pomo y abrió sin dificultad.

Los rayos de luz de la lámpara iluminaron una escalera que se perdía en las profundidades del edificio. Tunstall se volvió un instante y contempló el rostro de Della, una pálida mancha clara de forma ovalada, en la penumbra del lugar.

Era una consulta muda y ella lo entendió en el acto.

—Adelante, Rudy —musitó.

El pie derecho de Tunstall tanteó el primer escalón. Era de madera y había que evitar cualquier crujido pernicioso que pudiera delatar su presencia en aquella parte del edificio.

Poco a poco fueron bajando. No había puertas en aquella escalera que descendía en zigzags, como si fuese una de las de incendios que los edificios antiguos conservan todavía en el exterior.

La escalera se acabó de pronto delante de una puerta. Tunstall puso la mano en el pomo y vio que podía girar. Abrió una rendija y miró con precauciones al otro lado.

—No hay nadie —dijo en voz baja.

—Entonces, ¿nos volvemos?

—Nada de eso. Sígame.

Tunstall terminó de abrir. Lo primero que alumbró su lámpara fue el gran sarcófago egipcio, ahora tendido sobre unos soportes en un lugar cercano al centro de la estancia.

—¿Una momia egipcia? —dijo Della.

—Eso parece.

Tunstall buscaba el interruptor de la luz. Al cabo de unos momentos, lo halló en el lado opuesto, junto a otra puerta.

—¿Adónde da esa puerta? —preguntó Della.

—Arriba, al laboratorio del profesor, supongo —contestó Tunstall.

El frigorífico seguía en su sitio, más alto que él. Tunstall eludió la tentación de abrirlo.

Pero había algo que sí quería ver. Recordaba que la vez anterior el sarcófago estaba en pie, en uno de los rincones de la estancia. Ahora había cambiado de posición.

La linterna ya no era necesaria, de modo que la guardó en el bolsillo posterior. Tunstall se acercó al sarcófago y buscó la manera de abrirlo. Vio que podía hacerlo y reunió sus fuerzas para levantar la pesada tapa.

—¡Caramba! —dijo de pronto—. Esto parece más que una momia.

* * *

A Della también se le escapó una exclamación de sorpresa. Dentro del sarcófago, en lugar de la momia vendada que había esperado ver, había una mujer.

No se podía decir que fuese un prodigio de belleza, puesto que sus facciones no estaban todavía claramente delimitadas. Tunstall, en cambio, apreció la anchura de sus hombros y caderas y la aparente robustez de su musculatura. El pelo era muy negro y corto como el de un muchacho.

Los brazos y piernas aparecían al descubierto. Tunstall apreció en ellos numerosos costurones, en proceso de cicatrización. Della los vio también y se sintió estremecida de horror.

—Es… una mujer construida a trozos…

—Sí, lo mismo que Al Bearth.

Della cerró los ojos un instante.

—Pero ¿cómo ha podido conseguir una cosa semejante? —dijo—. Cuando conocimos a Al, hablaba y razonaba correctamente, cómo una persona normal, aunque bien es verdad que solía ser muy lacónico. Con distintos trozos de personas, se puede fabricar un ser humano… pero ¿qué me dices del cerebro? El cerebro piensa, razona, elabora argumentos, transmite órdenes a los músculos de toda clase que hay en el cuerpo humano… ¿Cómo pueden dar vida al cerebro, Rudy?

—No me lo preguntes, porque lo ignoro —contestó el joven—. Debe de ser algún procedimiento nuevo ideado por Wack, pero, a juzgar por lo que hemos visto, lo ha conseguido, aunque en el caso de Al se haya frustrado al cabo del tiempo. Pero no me negarás que es un paso importantísimo.

—Sí, a costa de las vidas de otras personas —dijo ella, poseída por una viva indignación—. En este cuerpo que tenemos ahí hay trozos de los cuerpos de Lucy, de Jenny y de sabe Dios quién más…

Tunstall se dio cuenta de que había una batería de cables eléctricos, conectados a una mesa de control situada en la pared más próxima y cuyos terminales llegaban hasta el sarcófago, atravesándolo por los costados, aunque sin tocar el cuerpo de la mujer. Una idea vino de pronto a su mente.

—¿Sabes qué me recuerda esto? —preguntó.

—Sí, Frankenstein y su monstruo.

—Es verdad, pero el doctor Frankenstein fabricó su monstruo con restos de cadáveres que robaba y además, el ser no razonaba ni hablaba.

—Como sea, es una leyenda. Por otra parte, Frankenstein terminó muriendo a manos de su monstruo.

—A Wack habrá que buscarle otro fin —dijo Tunstall, pensando en los estremecedores ruidos que había oído tras la muerte de Lucy Ngoro.

—Sí, pero ¿qué haremos ahora?

—Quizá tenga algún arma, pero no me dejaré amedrentar. La policía tiene que saber lo que ha pasado aquí. Saldremos de Black Ridge, sea como sea —contestó él resueltamente.

Bajó la tapa del sarcófago.

—Vámonos ya —dijo.

Se acercó al interruptor, pero cuando ya llegaba, oyó ruido de pasos en la otra escalera. Sin apagar la luz, dio media vuelta y echó a correr.

—Deprisa, tenemos que escondernos —exclamó.

Della alcanzó la puerta y pasó al otro lado. Tunstall cerró, aunque dejando una rendija, lo suficiente para ver la mitad superior del sarcófago, situado a cuatro o cinco metros. Además, podría escuchar lo que se hablaba allí.

Dos personas entraron en el sótano. Una de ellas era Maffovich, el secretario del profesor.

La identidad de la otra persona dejó estupefacto a Tunstall y a Della. Era Elsa Carmody.

* * *

—¿Qué has conseguido, Ivan? —preguntó Elsa, una vez en el interior de la estancia.

Maffovich no contestó directamente. Paseó la vista a su alrededor y, con el ceño fruncido, dijo:

—Es raro. Juraría haber dejado apagada la luz.

—Olvídate ahora de la luz —exclamó Elsa, muy impaciente—. Lo otro me interesa más. He invertido aquí demasiado dinero, y tengo derecho a conocer los resultados. Me parece a mí —añadió con sorna.

—Sí, Claro… Bueno, las cosas van bien… Me parece que tú no te puedes quejar, ¿verdad?

—La vista no me ha quedado bien —se quejó Elsa.

—Era pedir demasiado, me parece a mí. Pero tienes un aspecto completamente distinto del que tenías hace un año.

—Eso sí es cierto, pero sigo siendo de baja estatura.

—Mujer, mides un metro sesenta y pico. ¿Qué querías, medir lo mismo que yo?

—Por el precio que he pagado, bien podía haberme reconstruido con un poco más de esbeltez, ¿no?

—Lo interesante es lo que ha conseguido contigo, Elsa. No olvides cuál es tu edad verdadera y la que aparentas. ¿O es que no te miras al espejo por lo menos una vez al día?

—A mi me gustaría conocer el procedimiento —dijo ella.

—¿Para qué? Tienes ganas de complicarte la vida…

—Ya me la he complicado bastante, Ivan. Pero si conociera el procedimiento, me desharía del profesor. Y ahorraría un buen montón de dinero.

—De momento, no tienes más que aguantarlo. En dos años ha conseguido contigo lo que ningún otro científico del mundo habría logrado. Te ha costado dinero, es cierto, pero cuando se tiene, debe emplearse en algo que le proporcione beneficio y placer a uno. Tener abundancia de dinero y no usarlo en algo que nos beneficie, es como tener un cuadro de un pintor famoso cubierto con un paño.

—Déjate de filosofías y vamos a cosas más concretas. Hace un par de días que me siento algo cansada. Es preciso que Wack haga algo.

—Hablaré con él…

—No, hablaré yo y pondré todas mis cartas sobre la mesa. Quiero resultados; tengo derecho a exigir, puesto que todo lo que hay aquí ha salido de mi bolsillo. ¿Está claro?

—De acuerdo, Elsa —contestó Maffovich resignadamente.

—Y no me tomes por tonta. Wack ha tenido muchos gastos, es cierto, pero algo te has embolsado tú y no solamente el sueldo que te paga. He repasado algunas de las facturas, Ivan; si yo fuese un contador judicial, irías a parar a la cárcel por estafador.

El rostro de Maffovich se puso rojo. Tunstall comprendió que Elsa, bajo su apariencia de ingenuidad, era terriblemente lista.

Y despiadada, pensó. Había simulado estar con ellos, ayudarles, pero, en realidad, actuaba en defensa de sus propios intereses. Quizá, incluso, el incidente de la noche en que se hallaba en el cuarto de retiro había sido simulado. O, por lo menos, Maffovich lo sabía y estaba de acuerdo con ella en la ficción. Cabía la posibilidad de que Wack fuese ajeno al suceso, pero tanto Elsa como Maffovich sabían lo que iba a ocurrir.

«Muy lista, muy astuta, tratando de adormecer nuestra confianza», pensó.

De pronto, Elsa se acercó al sarcófago.

—Abre, Ivan —ordenó.

—El doctor no…

—Quien paga, manda —contestó ella con cinismo—. Abre.

Maffovich obedeció. Elsa se inclinó sobre el sarcófago y contempló a la mujer que había en el interior.

—No tiene nada de guapa —dijo despectivamente.

—En este caso, lo funcional interesaba más que la belleza en sí —repuso Maffovich.

Elsa soltó una carcajada.

—¿La vio Al? —preguntó.

—Por supuesto que no —dijo Maffovich—. Al tenía unas funciones bien definidas en la casa, tú lo sabes.

—Entonces, más vale que se haya muerto antes, porque si hubiera visto la pareja que le destinaba el profesor, la habría estrangulado. Hombre, ¿a quién se le ocurre? Ya que fabrica una mujer, que la haga más guapa, ¿no te parece?

Tunstall y Della oyeron aquellas aterradoras palabras y se estremecieron de horror al comprender su significado. El joven se dio cuenta, además, de que contra lo que había oído, jamás había habido una momia egipcia en el sarcófago. Tal vez había servido para el transporte de un cuerpo humano en su interior, sin despertar las sospechas que, sin duda, habría provocado un ataúd corriente.

A ningún policía se le habría ocurrido registrar el sarcófago en que viajaba la momia. Era posible, incluso, que el sarcófago fuese una falsificación, aunque muy bien hecha, todo había que reconocerlo.

De pronto, Elsa exclamó:

—Ivan, ¿has visto moverse a esta mujer?

CAPÍTULO XV

Maffovich arrugó el entrecejo.

—Elsa, sé lo que quieres decir y no permitiré que…

—¡A callar! —atajó ella despectivamente—. Aquí mando yo y se hace lo que yo diga. Tengo un puñado de facturas, Ivan, recuérdalo.

Tascando el freno, Maffovich empezó a manipular con los cables, conectándolos a distintos puntos del cuerpo de la mujer. Elsa, de pronto, se sentó en una silla cercana.

—¡Qué cansada estoy! —se quejó.

Maffovich trabajaba en silencio. Al terminar, se acercó a la consola de control y empezó a manipular en sus mandos.

—¿Hablará, Ivan? —preguntó Elsa.

—Quizá, no estoy segura. Lo sabremos cuando despierte.

Había un panel con luces intermitentes en la consola. De pronto, las luces se estabilizaron.

Transcurrieron un par de minutos. Maffovich observó un poco más las indicaciones de los instrumentos de control, movió un par de reostatos y, al cabo de unos segundos, regresó junto al sarcófago.

Soltó los cables eléctricos y esperó. Un minuto después, Tunstall y Della, con los ojos desorbitados, vieron que la mujer se sentaba en el sarcófago.

—¡Perfecto! ¡Maravilloso! —Palmoteo Elsa.

La mujer del sarcófago tenía los ojos abiertos, pero no parecía mirar a ninguna parte. Tunstall comprendió que se hallaba ante un ser artificial, al que, pese a todo, faltaba el soplo de la vida.

—¡Sal de ahí! ¡Camina! —ordenó Elsa.

El mandato pareció llegar hasta la mente de la mujer. Sacó una pierna primero, luego la otra y, torpemente, puso los dos pies en el suelo.

—Camina, camina…

La mujer echó a andar. Llegó frente a una pared y se detuvo.

—Da la vuelta —dijo Elsa.

La orden fue obedecida. Maffovich trató de intervenir:

—Elsa, por favor, ya está bien…

—Déjame, tonto, me estoy divirtiendo muchísimo. Camina, camina… ¿Qué nombre le habéis puesto, Ivan?

—Todavía no tiene ninguno —contestó Maffovich de mala gana—. Elsa, por favor…

—Calla, tonto. —Elsa hizo un esfuerzo, se puso en pie y se acercó a la mujer, emparejándose con ella para andar—. Te llamarás Betty. ¿Me has oído?

La mujer hizo un leve gesto de asentimiento. Elsa lanzó un grito de alegría.

—Me ha oído, me ha oído… Betty, tú me oyes, ¿verdad? Contéstame, te lo mando.

—Sí… te oigo… —habló la mujer con torpe lengua.

—Entonces… —Elsa no pudo continuar. La voz de Wack resonó colérica, tonante:

—¿Qué hacen aquí? ¿Se han vuelto locos?

* * *

Elsa se volvió hacia el recién llegado.

—Profesor, no se enfade. Sólo queríamos ver si Betty era capaz de moverse y de entender lo que le decimos —manifestó.

—Han cometido una terrible imprudencia —dijo Wack, todavía muy irritado—. Esa mujer no está aún en condiciones de abandonar el sarcófago.

—¿Que no? —Elsa se echó a reír—. ¿Es que no la está viendo?

—Usted no comprende…

—Basta, profesor, no acepto órdenes de nadie aquí, y menos de usted. Y, por cierto, todavía no ha empezado mi tratamiento.

—Me falta material —se disculpó Wack.

—Claro, lo ha empleado en la novia de Al… Pero ese material tenía que ser para mí, ¿lo entiende?

—No me grite. Elsa, no me haga perder la paciencia o le costará muy caro.

—¡Cómo! ¿Se atreve a amenazarme a mí? ¿A mí que sufrago todos sus gastos? Pero ¿cómo puede…? —Elsa se ahogaba de rabia—. Todo esto me ha costado millones y usted…

—Elsa, es cierto que ha gastado mucho dinero aquí, pero no es menos verdad que también ha obtenido un gran beneficio. Reconózcalo, por favor —dijo Wack, tratando de ser conciliador.

—¿Grandes beneficios? ¿Con la figura que tengo? Usted podía haberme dado otra silueta, otro aspecto… parezco una institutriz o una oficinista amargada…

—¿Qué diablos quería ser, si, como esa otra mujer, usted también está reconstruida a pedazos?

Tunstall abrió la boca estúpidamente. Por contra, Della se mordió los labios para no gritar.

Elsa miraba fijamente al profesor, como si no comprendiera bien lo que acababa de escuchar. Tunstall y Della aguardaban anhelantes el desenlace de la escena.

De repente, la puerta se abrió.

—Salgan —dijo Maffovich irónicamente—. No se priven de ver el espectáculo en primera fila.

Della lanzó un grito. Tunstall apretó los puños.

—Cuidado —dijo—. Estamos dispuestos a defendernos como sea.

* * *

Elsa volvió un instante la cabeza, pero, preocupada consigo mismo, no prestó demasiada atención a la pareja.

—Profesor, ¿quiere decir que yo también…?

—Sí —confirmó Wack—. Era la única forma de rejuvenecerla. Y si yo estuviera en su lugar, no me quejaría de mi cuerpo actual.

—Pero ¿no es la hermana de Ann Carmody? —intervino Della, sin poder contenerse.

—Nada de eso, es su abuela y tiene casi ochenta años —contestó Wack malhumoradamente.

Della emitió un grito de sorpresa. Tunstall sintió que le flaqueaban las piernas.

—Sí, yo era la abuela de Ann —corroboró Elsa—. Y la que tenía el dinero en casa de los Carmody. Por eso sufragué los gastos de este hombre, cuando me dijo que podía rejuvenecerme. Lo que no dijo era que quería reconstruirme con pedazos de otras personas.

—Elsa, usted ha tolerado volver a ser joven, a costa de las vidas de otros seres humanos —acusó Tunstall severamente.

—Ellos no tenían dinero y yo sí —respondió con espantoso cinismo—. Y si no, ¿por qué están ustedes aquí?

—Será mejor que dejemos este asunto —intervino el profesor—. Vuelve al sarcófago —ordenó a la mujer.

—No —contestó Betty sorprendentemente—. No quiero volver, quiero vivir…

—¡Al sarcófago! —gritó Elsa.

Maffovich retrocedió. Tunstall le vio aterrado.

De pronto, Betty se volvió hacia Elsa.

—Quiero ser como ella… —dijo—. Es más guapa que yo…

Elsa era bastante agraciada, aunque en modo alguno una belleza; pero lo resultaba comparada con Betty.

—Tienen que hacerme como ella… como ella…

Wack se acercó a Betty.

—Vamos, tiéndete de nuevo. Aún no…

Betty lo rechazó de un manotazo. Wack se tambaleó y retrocedió trastabillando hasta chocar con Elsa. Para no caer, se agarró instintivamente a su brazo derecho.

De repente, se oyó un crujido espantoso. Wack cayó al suelo, agarrando el brazo con las dos manos.

Lo más horrible de todo era que Elsa no parecía sentir dolor. Tampoco sangraba. Simplemente, se limitaba a mirarse estúpidamente el hombro derecho.

Betty lanzó una risa tonta. Su acercó a Elsa y agarró su otro brazo.

—Déjame —forcejeó Elsa, agarrando al mismo tiempo el brazo de Betty.

Las dos mujeres oscilaron con fuerza. De pronto, dos brazos cayeron al suelo a un tiempo.

Della se sentía a punto de desmayarse. Maffovich, espeluznado, retrocedía paso a paso.

Betty alzó el brazo izquierdo y agarró a Elsa por el pelo.

—Mi cabello será así —dijo.

Elsa, como estupidizada, no decía nada ni reaccionaba. De pronto, Betty dio un tirón y arrancó la cabeza de Elsa. Pero el mismo tirón resultó excesivo para unos músculos tal vez no consolidados y el brazo y la cabeza rodaron por el suelo encementado.

Era una escena horripilante. Della sentía unas náuseas enormes. Tunstall parecía convertido en una estatua.

De súbito se oyó un fortísimo chasquido, a la vez que sonaba un grito aterrador. Maffovich salió despedido con tremenda fuerza, rodó por el suelo y se quedó inmóvil. Tunstall se dio cuenta de que había tocado alguno de los cables de alta tensión de la consola de control, quedando electrocutado en el acto.

El cuerpo decapitado de Elsa se derrumbó. Betty cayó hacia su derecha y su cráneo chocó contra el borde del sarcófago, separándose al golpe.

Un tremendo alarido sonó de pronto. Enloquecido, Wack echó a correr escaleras arriba, lanzando gritos sin sentido. Tunstall comprendió que, si seguían allí mucho tiempo, se volverían locos también.

—Vamos, Della, vamos —dijo, a la vez que arrastraba a la muchacha, que apenas si podía tenerse en pie.

Salieron al laboratorio de psicología. Los gritos de Wack sonaban en el exterior, alejándose gradualmente de la casa. De pronto, se vio un fogonazo azulado a lo lejos. En su demencia, Wack no se había acordado de la valla electrificada que cerraba el recinto.

* * *

La policía realizaba sus últimas investigaciones A Tunstall y a Della les parecía salir de una pesadilla.

Lya, con una maleta en la mano, se acercó a un automóvil que aguardaba frente a la casa. Miró a la pareja y sonrió débilmente. Tunstall agitó una mano en señal de despedida. Lya no dijo nada.

—Rudy, ¿por qué tan largos interrogatorios? —preguntó Della de pronto.

—Sencillamente, los seres que creaba Wack necesitaban saber. Wack reunía todas las preguntas y seleccionaba las respuestas más convenientes para el ser a que se destinasen.

—Y también seleccionaba miembros humanos —se estremeció ella.

—Sí, claro.

—El pantano era su cementerio.

—Es lógico. Los restos humanos se hunden en el fango y no emergen jamás a la superficie.

—¿Lo hizo sólo por interés de la ciencia?

—Probablemente, él sí. Pero Maffovich tenía otros intereses.

—Uno de ellos se llamaba Elsa.

—Exactamente, la abuela de aquella chica que murió tras la operación ilegal. Quizá fue entonces cuando el profesor entró en contacto con Elsa. ¿Qué más puede desear una mujer que bordea los ochenta años que la posibilidad de rejuvenecer y verse como era medio siglo antes? Pero Wack no le podía proporcionar un cuerpo muy distinto del que tuvo en su juventud.

—¿Y Al? ¿Y Betty?

—Ahí sí se puede hablar de experimentos puros de creación de nuevos seres. Incluso quería crear una pareja capaz de tener descendencia algún día… pero algo falló y los tejidos no regeneraban debidamente y se deshacían e incluso se pudrían mientras el ser creado artificialmente estaba aún con vida. Hasta a Elsa le alcanzó ese fallo en el experimento.

Della asintió. Paseó la mirada por los alrededores.

—Total, volvemos a estar como antes —dijo.

Tunstall sonrió. De pronto, pasó una mano por los hombros de la muchacha.

—Si te refieres al aspecto económico, sí, tienes razón —convino—. Pero hay otro aspecto en el que no te has fijado.

—¿Cuál, Rudy?

—Nosotros dos. Después de lo que hemos pasado, vivir nos parece maravilloso. Y vivir juntos, todavía será más maravilloso.

Della sonrió.

—Tienes razón —admitió—. No tenemos dinero… pero sí todo un porvenir ante nosotros. Y eso es lo que importa, Rudy.

—El porvenir… y nosotros —dijo Tunstall, sonriendo esperanzadamente.

F I N



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.